

# TÍO VAÑA

*Escenas de la vida aldeana, en IV actos*

## PERSONAJES

ALEXANDR VLADÍMIROVICH SEREBRIAKOV, profesor jubilado.

ELENA ANDRÉIEVNA, su esposa, 27 años.

SOFIA ALEXANDROVNA (SONIA), hija de Serebriakov, de su primer matrimonio.

MARIA VASÍLIEVNA VOINTSKAIA, viuda de un funcionario de alto grado (consejero privado) y madre de la primera esposa del profesor.

IVÁN PETRÓVICH VOINTSKI, su hijo.

MIJAIL LVÓVICH ÁSTROV, médico.

ILIA ILICH TELEGUIN, pequeño terrateniente empobrecido.

MARINA, vieja nodriza.

UN PEÓN.

*La acción se desarrolla en la finca rural de Serebriakov.*

## PRIMER ACTO

*Un parque. Se ve una parte de la casa con la galería. En una avenida, bajo un viejo álamo, una mesa servida para el té. Bancos, sillas; sobre uno de los bancos, una guitarra. No lejos de la mesa, un columpio. Son las tres de la tarde, pasadas. Un día nublado.*

*Marina, una vieja fofa y pesada, está sentada junto al samovar, tejiendo calceta. Ástrov se pasea a su lado.*

MARINA: *(Sirviendo un vaso de té.)* Toma, hijo.

ÁSTROV: *(Coge el vaso con displicencia.)* No tengo muchas ganas.

MARINA: ¿Quizá tomarías vodka?

ÁSTROV: No. No todos los días bebo vodka. Y además, hoy está sofocante. *(Pausa)* Chacha, ¿cuánto tiempo hace que nos conocemos?

MARINA: *(Reflexionando.)* ¿Cuánto? Dios me dé memoria. Llegaste aquí a estas tierras... ¿cuándo? Todavía vivía Vera Petrovna, la madre de Sónechka. Entonces nos visitaste dos inviernos seguidos... Hum, quiere decir que habrán pasado unos once años. *(Después de pensar.)* Hum... quizá más.

ÁSTROV: ¿He cambiado mucho desde entonces?

MARINA: Mucho. Entonces eras joven, buen mozo, ahora has envejecido. Y tu porte ya no es el mismo. Además, hay que decirlo... bebes vodkita.

ÁSTROV: Sí ... En diez años me he convertido en otro hombre. ¿La causa? Me recargué de trabajo, chacha. De la mañana a la noche siempre en pie; no conozco el reposo y por la noche uno está acostado bajo la manta y teme que ]o

arrastran a ver algún enfermo. En todo el tiempo que nos conocemos tú y yo no he tenido un día libre. ¿Cómo no va a envejecer uno? Y además, la vida por sí misma es aburrida, estúpida, sucia... Esta vida se lo traga a uno. A tu alrededor no ves más que tipos lelos; mires a donde mires, tipos lelos; y cuando se ha vivido con ellos, dos, tres años, uno mismo, poco a poco, sin darse cuenta, se convierte en un lelo. Es un sino inevitable. (*Retorciéndose los largos bigotes.*) ¡Mira qué enormes bigotes me han crecido...! ¡Estúpidos bigotes! Me he convertido en un lelo, chacha... Imbecilizar-me, todavía no me he imbecilizado; Dios es misericordioso. Los sesos están en su lugar pero el sentir se me ha gastado. No quiero nada, no necesito nada, no amo a nadie... A lo mejor, te quiero sólo a ti. (*Le besa la cabeza.*) Cuando era pequeño tenía un ama como tú.

MARINA: ¿Quizá querías comer algo?

ÁSTROV: No. Durante la Cuaresma, en la tercera semana, fui a Malítskoie, porque había epidemia... Tifus exantemático... En las isbas, la gente amontonada... Suciedad, hedor, humo; los terneros por el suelo, juntos con los enfermos... y también lechones... Trajiné todo el día, no me senté ni por un momento, ni una gota de rocío pasó por mi garganta. Y cuando regreso a casa tampoco me dejan descansar; habían traído de la estación a un señalero; lo coloco sobre la mesa para operarlo y va y se me muere bajo el cloroformo. Y justamente entonces, cuando menos falta hacía; se despertaron en mí los sentimientos y se me estrujó la conciencia, como si lo hubiera matado deliberadamente... Me senté, cerré los ojos así, pensando: aquellos que vivan dentro de cien, doscientos años después de nosotros, y para los cuales abrimos el camino, ¿nos recordarán con una buena palabra? ¡No, chacha, no nos recordarán!

MARINA: La gente no, pero Dios sí.

ÁSTROV: Te doy las gracias. Lo has expresado bien.

*Entra Voinitski*

VOINITSKI: (*Sale de la casa. Viene de dormir la siesta y tiene aspecto descuidado; se sienta en el banco, arreglando su elegante y vistosa corbata.*) ¡Sí!... (*Pausa.*) ¡Sí!

ÁSTROV: ¿Dormiste bien?

VOINITSKI: Sí... Muy bien. (*Bosteza.*) Desde que vive aquí el profesor con su esposa, la vida se ha salido de la huella. No duermo a su tiempo, en el almuerzo y en la comida como toda clase de cosas picantes, bebo vino... ¡No es sano todo esto! Antes no tenía ni un minuto libre; Sonia y yo trabajábamos que daba gusto; ahora trabaja Sonia sola y yo duermo, como, bebo... ¡No está bien!

MARINA: (*Meneando la cabeza.*) ¡Vaya un orden! El profesor se levanta a las doce y el samovar está hirviendo desde la mañana; todo el mundo le espera. Sin ellos, siempre almorzábamos entre las doce y la una, como en todas partes entre gente; con ellos, en cambio, entre seis y siete. Por la noche, el profesor lee y escribe. Y de repente, como a las dos de la mañana, el timbre... ¿Qué pasa, padres míos? ¡El té! Despierte a todo el mundo, prepare el samovar... ¡Vaya un orden!

ÁSTROV: ¿Y se quedarán aquí todavía mucho tiempo?

VOINITSKI: (*Silbando.*) Cien años. El profesor ha resuelto instalarse aquí.

MARINA: Lo mismo que ahora. El samovar ya hace dos horas que está sobre la mesa y ellos se han ido a pasear.

VOINITSKI: Ya llegan, ya llegan... No te inquietes.

*Se oyen voces al fondo del jardín; llegan Serebriakov, Elena Andréievna, Sonia y Teleguin de regreso del paseo*

SEREBRIAKOV: ¡Espléndido, espléndido! ¡Divinos paisajes!

TELEGUIN: Extraordinarios, vuestra excelencia.

SONIA: Mañana iremos hasta el puesto forestal, papá. ¿Quieres venir?

VOINITSKI: ¡Señores, a tomar el té!

SEREBRIAKOV: Amigos míos, mándenme el té a mi escritorio, sean buenos, hoy tengo aún algo que hacer ...

SONIA: Seguramente te gustará el lugar.

*Elena Andréievna, Serebriakov y Sonia van hacia la casa;  
Teleguin se acerca a la mesa y se sienta al lado de Marina*

VOINITSKI: Hace calor, está sofocante; pero nuestro gran sabio lleva abrigo, chanclos, paraguas y guantes

ÁSTROV: Y ... se cuida.

VOINITSKI: ¡Y qué hermosa está ella! ¡Qué hermosa! En mi vida no he visto una mujer más hermosa.

TELEGUIN: Tanto si ando por el campo, Marina Timoféievna, como si paseo por un sombreado jardín o contemplo esta mesa, siento un gozo inefable. ¡El tiempo es encantador, los pájaros cantan, todos nosotros vivimos en paz y concordia! ¿Qué más necesitamos? (*Aceptando un vaso.*) ¡Le estoy sensiblemente agradecido!

VOINITSKI: (*Soñador.*) ¡Y los ojos!... ¡Maravillosa mujer!

ÁSTROV: Cuenta algo, Iván Petróvich.

VOINITSKI: (*Desganado.*) ¿Y qué te voy a contar?

ÁSTROV: ¿No habrá algo de nuevo?

VOINITSKI: Nada. Todo es viejo. Yo soy el mismo de antes, tal vez peor porque me he vuelto perezoso, no hago nada y solamente rezongo como un viejo cascarrabias. La vieja urraca, mi *maman*, todavía sigue balbuceando sobre la emancipación femenina, mirando la tumba con un ojo y con el otro buscando, en sus libros sabios, la autora de una vida nueva.

ÁSTROV: ¿Y el profesor?

VOINITSKI: El profesor como siempre, sentado en su gabinete,

desde la mañana hasta el canto del gallo... escribiendo: "Tensa la mente, frunciendo el entrecejo, odas escribimos y escribimos. Pero no sentimos las alabanzas ni sobre ellas ni sobre nosotros." ¡Pobre papel! ¡Sería mejor que escribiera su autobiografía! ¡Qué joya de argumento! Un profesor jubilado, ¿entiendes?, una galleta vieja, un bacalao sabio... Gota, reumatismo, jaqueca, el hígado hinchado de celos y envidia... Vive este bacalao en la finca rural de su primera esposa, vive allí a pesar suyo, porque la vida en la ciudad excede la capacidad de su bolsillo. Eternamente está quejándose de sus desgracias, aunque en realidad es extraordinariamente feliz. (*Nerviosamente.*) ¡Piensa que suerte la suya! El hijo de un simple sacristán, un seminarista, consigue grados científicos y cátedra; se convierte en su excelencia, en yerno de un senador, etc., etc. En fin, todo esto no tiene importancia. Pero considera lo que sigue: el hombre hace justo veinticinco años que está leyendo y escribiendo sobre el arte, sin entender nada de arte. Veinticinco años ha que rumia ideas ajenas sobre el realismo, el naturalismo y toda clase de pavadas; veinticinco años que lee y escribe sobre cosas que la gente inteligente conoce ya hace rato, y que para los tontos no tienen ningún interés; es decir, que está, desde hace veinticinco años, pasando agua por una criba. Y con todo eso, ¡qué engreimiento! ¡Qué pretensiones! Ya está jubilado y no lo conoce ni un alma viviente; es completamente desconocido. Es decir, que ha estado ocupando, durante veinticinco años, un lugar que pertenecía a otro. Y mira: ¡camina como si fuera un semidiós!

ÁSTROV: ¡Vaya, parece que verdaderamente lo envidias!

VOINITSKI: ¡Sí, lo envidio! ¡Que éxito entre las mujeres! ¡Ningún Don Juan supo de un éxito tan completo! Su primera mujer, mi hermana, un alma bellísima y mansa, pura como este cielo azul, noble, generosa, que tenía más adoradores que él alumnos, lo quería como sólo los ángeles pueden

1 Pasaje de la sátira de Dmitriev "La opinión ajena" que data de 1794.

querer a seres tan puros y bellos como ellos mismos. Mi madre, su suegra, lo adora hasta hoy día, incluso ahora él le produce un sagrado temor. Su segunda mujer, hermosa, despierta, ustedes acaban de verla, se casó con él cuando ya era viejo, le entregó su juventud, su belleza, su libertad, su brillo. ¿Debido a qué? ¿Por qué?

ÁSTROV: ¿Es fiel al profesor?

VOINITSKI: Desgraciadamente, sí.

ÁSTROV: ¿Y por qué desgraciadamente?

VOINITSKI: Porque esta fidelidad es falsa desde el principio hasta el fin. Tiene mucho de retórica, pero nada de lógica. Engañar a un marido viejo, al que no puedes ni soportar, es inmoral; en cambio, tratar de ahogar en sí la pobre juventud y un sentimiento vivo, eso no es inmoral...

TELEGUIN: (Con voz llorosa.) Vaña, no me gusta que digas esas cosas. ¡De veras! El que engaña a su mujer o a su marido es una persona infiel. Y puede traicionar hasta a su patria.

VOINITSKI (Con fastidio.) ¡Cierra el grifo, "barquillo"!

TELEGUIN: Permíteme, Vaña. Mi mujer, por causa de mi aspecto poco atrayente, se fugó con su querido al día siguiente de nuestra boda. Después de eso, yo no falté a mi deber. Hasta hoy día la quiero y le soy fiel; la ayudo como puedo y di todos mis bienes para la educación de los hijitos que tuvo con su querido. Yo me he quedado sin felicidad, pero me quedó el orgullo. ¿Y ella? La juventud ya ha pasado; la belleza, bajo la influencia de las leyes de la naturaleza, se marchitó; el querido ha fallecido... ¿Qué es lo que le queda a ella?

*Entran Sonia y Elena Andréievna; un poco más tarde, María Vasílievna con un libro; ésta se sienta y lee; le sirven té y bebe sin mirar*

SONIA: (Apresuradamente, a Marina.) Chachita, allá están los aldeanos. Vé, atiéndelos tú: el té lo sirvo yo... (Sirve té.)

*El ama sale. Elena Andréievna toma su taza y bebe sentada en el columpio*

ÁSTROV: (A Elena Andréievna.) Vea, yo he venido para ver a su marido. Usted me escribió que está muy enfermo, reumatismo y algo más, y resulta que está sanísimo.

ELENA ANDRÉIEVNA: Ayer por la noche estaba malhumorado, se quejaba de dolores en las piernas, y hoy está bien...

ÁSTROV: ¡Y yo que a riesgo de romperme la cabeza he venido corriendo las seis leguas! ¡No importa, no será la primera vez! En desquite, me quedaré con ustedes hasta mañana, y aunque más no sea dormiré *quantum satis*.

SONIA: ¡Magnífico! ¡Es una cosa tan rara que se quede a pasar la noche con nosotros! Seguramente no habrá usted almorzado.

ÁSTROV: No, no he almorzado.

SONIA: ¡Qué bien! Almorzaremos juntos. Nosotros almorzaremos después de las seis. (Bebe.) El té está frío.

TELEGUIN: La temperatura del samovar ya ha descendido considerablemente.

ELENA ANDRÉIEVNA: No importa, Iván Ivánovich. Frío también nos lo beberemos.

TELEGUIN: Perdoncito... No Iván Ivánovich, sino Iliá Ilich... Iliá Ilich Teleguin o, como algunos me llaman con motivo de mi cara picada de viruelas, "Barquillo". Otrora fui el padrino de Sónechka, y su excelencia, su esposo, me conoce muy bien. Ahora, si usted me permite, yo vivo aquí, en esta finca... Si se ha dignado advertirlo, me siento a la mesa todos los días con ustedes.

SONIA: Iliá Ilich es nuestro ayudante, nuestra mano derecha. (Cariñosamente.) Déme, padrinito, le serviré más té.

MARIA VASÍLIEVNA: ¡Ah!

SONIA: ¿Qué le ocurre, abuelita?

MARIA VASÍLIEVNA: Me olvidé de avisar a Alexandr... he perdido la memoria... Hoy recibí una carta de Járkov, de Pável Alexéievich... Ha enviado su nuevo folleto.

ÁSTROV: ¿Es interesante?

MARIA VASÍLIEVNA: Interesante, pero un poco extraño. Refuta lo que siete años ha sostenía él mismo. ¡Es terrible!

VOINITSKI: ¡Pero si hace ya cincuenta años que estamos hablando y hablando y leyendo folletos! Ya es tiempo de terminar.

MARIA VASÍLIEVNA: Por algo te desagrada escuchar cuando yo hablo. Perdona, *Jean*, pero en este último año has cambiado tanto, que no te conozco en absoluto... Eras un hombre de convicciones definidas, una personalidad luminosa...

VOINITSKI: ¡Oh, sí! Yo era una personalidad luminosa que no daba luz a nadie... (*Pausa.*) ¡Una personalidad luminosa! ¡No se puede hacer un chiste más venenoso! Ahora tengo cuarenta y siete años. Hasta el año pasado yo, igual que usted, trataba de nublar a propósito mi vista con esa escolástica suya, para no ver la verdadera vida, y creía que hacía bien. Y ahora, ¡si usted supiera! ¡Noches y noches que no duermo de fastidio, de rabia por haber perdido tan estúpidamente el tiempo, cuando podía haber tenido todo lo que ahora me niega mi vejez!

SONIA: ¡Es aburrido, tío Vaña!

MARIA VASÍLIEVNA: (*A su hijo.*) Se diría que estás acusando de algo a tus antiguas convicciones... Pero no son ellas las culpables, sino tú mismo. Te olvidas de que las convicciones por sí solas no son nada, letra muerta... Es preciso obrar.

VOINITSKI: ¡Obrar! No todos son capaces de ser un perpetuum mobile escribiente, como su *Herr Professor*.

MARIA VASÍLIEVNA: ¿Que quieres decir con eso?

SONIA: (*Suplicante.*) ¡Abuela! ¡Tío Vaña! ¡Os lo ruego!

VOINITSKI: Ya me callo. Me callo y pido perdón. (*Pausa.*)

ELENA ANDRÉIEVNA: ¡Lindo tiempo hoy!... No hace calor. (*Pausa.*)

VOINITSKI: Lindo para ahorcarse.

*Teleguín afina la guitarra. Marina ronda alrededor de la casa llamando a las gallinas*

MARINA: Chip, chip, chip, chip...

SONIA: Chachita, ¿para qué vinieron los aldeanos?

MARINA: Siempre lo mismo, siempre por lo del crial. Chip, chip, chip...

SONIA: Y eso, ¿a quién?

MARINA: La pinta se fue con los pollitos... Con tal de que los cuervos no se los lleven... (*Sale.*)

*Teleguín toca una polca; todos le escuchan en silencio; entra un peón*

PEÓN: ¿El señor doctor está aquí? (*A Ástrov.*) Si quiere molestarte... Mijaíl Lvóvich, han venido a buscarle.

ÁSTROV: ¿De dónde?

PEÓN: De la fábrica.

ÁSTROV: (*Con fastidio.*) ¡Agradezco humildemente! Y bien, hay que partir... (*Busca con la vista su gorra de visera.*) ¡Qué fastidio, que el diablo lo lleve!

SONIA: ¡De veras, qué desagradable! De la fábrica, vuelva aquí a almorzar.

ÁSTROV: No, ya será tarde. ¡Cuándo no! ¡Es inútil! (*Al peón.*) Oye, buen hombre, en ese caso tráeme una copita de vodka. (*El peón se marcha.*) ¡Cuándo no! ¡Es inútil! (*Ha encontrado su gorra.*) En una obra de Ostrowski hay un hombre de

grandes bigotes y pocas capacidades... Pues ése soy yo. Bueno, señores, mis respetos. (A Elena Andréievna.) Si alguna vez pasa a verme... este... junto con Sofia Alexándrovna, me sentiré sinceramente contento. Tengo una chacrita, unas treinta hectáreas; pero, si le interesa, podrá ver un jardín modelo y un vivero como no va a encontrar otro en cien leguas a la redonda. Al lado está el parque nacional... Su guardabosque es viejo, está siempre enfermo, así que, en realidad, todo está a mi cargo.

ELENA ANDRÉIEVNA: Ya me habían dicho que usted quiere mucho los bosques. Claro, eso puede ser muy útil, pero, ¿acaso no perjudica su verdadera vocación? Hay que ver que usted es doctor.

ÁSTROV: Sólo Dios sabe en qué consiste nuestra verdadera vocación.

ELENA ANDRÉIEVNA: ¿Y es interesante?

ÁSTROV: Sí, es una obra interesante.

VOINITSKI: (Irónicamente.) ¡Muchísimo!

ELENA ANDRÉIEVNA: (A Ástrov.) Usted es todavía un joven, aparenta... bueno, unos treinta y seis o treinta y siete años, y probablemente eso no es tan interesante como usted dice. Siempre bosque y bosque. Ha de ser monótono.

SONIA: No, es sumamente interesante. Mijaíl Lvóvich planta cada año nuevos bosques; ya le han mandado una medalla de oro y un diploma. Hace gestiones para que no exterminen los bosques viejos. Si usted lo escucha estará completamente de acuerdo con él. Dice que los bosques adornan la tierra, que enseñan al hombre a comprender lo bello y crean dentro de su alma un clima de majestuosidad. Los bosques suavizan los climas inclementes. En los países de clima suave se gastan menos fuerzas en la lucha contra la naturaleza, y por eso el hombre allí es más suave, más tierno; la gente es bella, flexible, fácil de exaltar, su conversación es elegante; sus movimientos, graciosos. Las ciencias y

las artes florecen entre ellos, su filosofía no es lúgubre, sus relaciones con las mujeres están llenas de una nobleza elegante...

VOINITSKI: (Riéndose.) ¡Bravo, bravo!... Todo esto es encantador, pero no convence; así que (a Ástrov) permíteme, amigo mío, seguir encendiendo las estufas con leña y continuar construyendo los cobertizos con madera.

ÁSTROV: Puedes encender las estufas con turba y construir los cobertizos de piedra. Bueno, yo admito que tales un bosque por necesidad, pero, ¿para qué exterminarlos? Los bosques rusos crujen bajo el hacha, perecen miles de millones de árboles, son devastadas las viviendas de las bestias y de los pájaros, los ríos pierden caudal y se secan, desaparecen irremisiblemente paisajes maravillosos, y todo esto porque al hombre perezoso le falta la inteligencia para agacharse y levantar de la tierra el combustible. (A Elena Andréievna.) ¿No es cierto, señora? Hay que ser un bárbaro insensato para quemar en su estufa esa belleza, para destruir lo que no podemos crear. El hombre está dotado de razón y de fuerza creadora para multiplicar lo que le fue dado, pero hasta ahora no ha creado, sino destruido. Cada vez hay menos y menos bosques, los ríos se secan, la caza ha desaparecido, el clima se estropea y cada día que pasa la tierra se vuelve más pobre y más fea. (A Voinitski.) Bueno, me miras con ironía, lo que digo no te parece serio, y... a lo mejor es realmente chifladura; pero, cuando paso junto a los bosques de los aldeanos que he salvado del hacha, o cuando oigo cómo susurra mi joven bosque, plantado por mis manos, me doy cuenta de que el clima está un poquito en mi poder. Y si dentro de mil años el hombre es feliz, también yo tendré mi pequeña parte en ello. Cuando planto un pequeño abedul y después veo cómo verdea y se mece al viento, mi alma se llena de orgullo y yo... (Al ver al peón que trae en una bandeja una copita de vodka.) Pero... (Bebe.) Ya es la hora. Al fin y al cabo, todo eso probablemente no es más que chifladura. Tengo el honor de despedirme de us-

tedes. *(Se dirige hacia la casa.)*

SONIA: *(Lo toma del brazo y se va con él.)* ¿Cuándo vendrá a vernos otra vez?

ÁSTROV: No sé...

SONIA: ¿Como esta vez, dentro de un mes?

*Ástrov y Sonia entran en la casa; Maria Vasílievna y Teleguín quedan junto a la mesa; Elena Andréievna y Voïnitski van hacia la terraza*

ELENA ANDRÉIEVNA: Pues usted, Iván Petróvich, se ha portado otra vez de un modo imposible. ¡Qué necesidad tenía de irritar a Maria Vasílievna, de hablar del *perpetuum mobile*! Y hoy, en el desayuno, ¡otra vez discutió usted con Alejandro! ¡Qué mezquino es esto!

VOÏNITSKI: ¡Pero si le odio!

ELENA ANDRÉIEVNA: No hay por qué odiar a Alejandro. Es como todos. No es peor que usted.

VOÏNITSKI: ¡Si usted pudiera verse la cara, los movimientos!... ¡Qué pereza tiene de vivir! ¡Ah, qué pereza!

ELENA ANDRÉIEVNA: ¡Ah, pereza y aburrimiento! Todos hablan mal de mi marido, todos me miran con lástima: ¡pobre, tiene un marido viejo! Esta compasión hacia mí, ¡oh, cómo la comprendo! Es como dijo Ástrov poco ha: todos ustedes exterminan insensatamente los bosques y pronto no quedará nada en la tierra. Con esa misma insensatez exterminan al hombre y pronto, gracias a ustedes, no quedará en la tierra ni fidelidad, ni pureza, ni capacidad de sacrificio. ¿Por qué no pueden mirar con indiferencia a una mujer que no sea la suya? Porque, tiene razón ese doctor, todos ustedes llevan adentro el demonio de la destrucción. No tienen piedad ni de los bosques, ni de los pájaros, ni de las mujeres; ni el uno del otro.

VOÏNITSKI: No me gusta esa filosofía. *(Pausa.)*

ELENA ANDRÉIEVNA: Ese doctor tiene un rostro fatigado, nervioso. Un rostro interesante. A Sonia, evidentemente, le gusta, está enamorada de él, y la comprendo. Desde que estoy aquí ya nos visitó tres veces, pero soy tímida y ni una sola vez hablé con él como es debido, ni le acogí bien. Habrá pensado que soy mala. Probablemente, Iván Petróvich, usted y yo somos tan amigos porque ambos somos gente aburrida, cansadora. ¡Cansadora! No me mire así, eso no me gusta.

VOÏNITSKI: ¿Acaso puedo mirarla de otro modo cuando la quiero? ¡Usted es mi dicha, mi vida, mi juventud! Yo sé que mis probabilidades de ser correspondido son insignificantes, iguales a cero, pero no pido nada. Permítame tan sólo mirarla, escuchar su voz...

ELENA ANDRÉIEVNA: ¡Más bajo, nos pueden oír!

*Se van hacia la casa*

VOÏNITSKI: *(Siguiéndola.)* Permítame hablar de mi amor, no me eche y eso solo será para mí la suprema dicha...

ELENA ANDRÉIEVNA: Esto es torturante...

*Ambos entran en la casa*

*Teleguín rasguela las cuerdas y toca una polca; Maria Vasílievna anota algo en el margen del folleto*

TELÓN



## SEGUNDO ACTO

*El comedor de la casa de Serebriakov. De noche. Se oye al sereno, en el parque, golpeando su tabla en señal de vigilancia. Serebriakov, sentado en un sillón frente a la ventana abierta, dormita; Elena Andréievna, sentada a su lado, dormita también.*

SEREBRIAKOV: *(Despertando.)* ¿Quién está aquí? ¿Tú, Sonia?

ELENA ANDRÉIEVNA: Yo.

SEREBRIAKOV: Tú, Lénochka... ¡Qué dolor insoportable!

ELENA ANDRÉIEVNA: Se te ha caído la manta al suelo. *(Le abriga las piernas.)* Voy a cerrar la ventana, Alexandr.

SEREBRIAKOV: No, me sofoco... Hace un momento dormité; soñaba que mi pierna izquierda era de otro. Desperté por efecto del terrible dolor. No, no es gota; más bien reumatismo. ¿Qué hora es?

ELENA ANDRÉIEVNA: Las doce y veinte. *(Pausa.)*

SEREBRIAKOV: Busca mañana en la biblioteca a Bátiushkov. Me parece que lo tenemos.

ELENA ANDRÉIEVNA: ¿Eh?

SEREBRIAKOV: Busca mañana a Bátiushkov. Me parece recordar que lo teníamos. Pero, ¿por qué me cuesta tanto respirar?

ELENA ANDRÉIEVNA: Estás cansado. Ya es la segunda noche que no duermes.

SEREBRIAKOV: Dicen que, a causa de la gota, a Turguénev se le produjo una angina de pecho. Tengo miedo de que a mí me esté sucediendo lo mismo. ¡Maldita, abominable vejez! ¡Que el diablo la lleve! Desde que me he vuelto viejo me resulto abominable a mí mismo. Pero también a todos ustedes les da repulsión mirarme, me imagino.

ELENA ANDRÉIEVNA: Hablas de tu vejez con un tono, que parece como si todos nosotros fuéramos culpables de que estés viejo.

SEREBRIAKOV: Y tú eres la primera a quien le resulto repulsivo.

*Elena Andréievna se aleja de él y se sienta apartada*

SEREBRIAKOV: Claro que tienes derecho a ello. No soy tonto y comprendo. Eres joven, sana, hermosa, quieres vivir, mientras que yo soy un viejo, casi un cadáver. ¿Qué hay? ¿Acaso no comprendo? Claro que es una estupidez que todavía esté vivo. Pero esperen, pronto los libraré a todos ustedes. No me queda mucho tiempo para seguir tirando.

ELENA ANDRÉIEVNA: ¡Estoy agotada! ¡Calla, por Dios!

SEREBRIAKOV: Resulta que, por mi causa, todos están agotados, aburridos, todos arruinan su juventud... Sólo yo estoy contento y gozando de la vida. ¡Claro que sí!

ELENA ANDRÉIEVNA: ¡Calla! ¡Me has destrozado!

SEREBRIAKOV: ¡He destrozado a todos! ¡Claro!

ELENA ANDRÉIEVNA: *(Entre lágrimas.)* ¡Es insoportable! Dí, ¿qué quieres de mí?

SEREBRIAKOV: Nada.

ELENA ANDRÉIEVNA: Entonces, calla. Te lo ruego.

SEREBRIAKOV: Cosa extraña... Se pone a hablar Iván Petróvich o esa vieja idiota de Maria Vasílievna... y nada. Todos escuchan. Pero basta que yo diga una sola palabra para que todos comiencen a sentirse infelices. Hasta mi voz les resulta repulsiva. Pues bien; admitamos que yo sea repulsivo, egoísta, un déspota. Pero, ¿es posible que ni siquiera en la vejez tenga algún derecho al egoísmo? ¿Es posible que no lo haya merecido? ¿Es posible, pregunto yo, que no tenga derecho a una vejez tranquila, a la atención de la gente?

ELENA ANDRÉIEVNA: Nadie te discute tus derechos. *(El viento sa-*

*cude la ventana.)* Se ha levantado viento, voy a cerrar la ventana. *(Cierra.)* Enseguida va a llover. Nadie te discute tus derechos. *(Pausa.)*

*El sereno, en el parque, golpea su tabla y canta*

SEREBRIAKOV: ¡Trabajar toda la vida para la ciencia, encariñarse con su gabinete, con su aula, con sus honorables colegas y de repente, sin más ni más, encontrarse en esta bóveda, ver todos los días gente estúpida, escuchar conversaciones baladíes! ¡Quiero vivir, me gusta el éxito, la popularidad, el bullicio, pero aquí... como en un destierro! ¡Sentir a cada minuto nostalgias del pasado, seguir los éxitos de los otros, temer la muerte!... ¡No puedo! ¡No tengo fuerzas! ¡Y encima, aquí no me quieren perdonar mi vejez!

ELENA ANDRÉIEVNA: Espera, ten paciencia: dentro de cinco o seis años yo también seré vieja.

*Entra Sonia*

SONIA: Papá, tú mismo has mandado buscar al doctor Ástrov y, ahora que ha venido, no quieres recibirlo. Es una falta de delicadeza. Molestar a una persona en vano.

SEREBRIAKOV: ¿Para qué necesito a tu Ástrov? Entiende tanto de medicina como yo de astronomía.

SONIA: ¡No, si habría que hacer venir aquí, para tu gota, a toda la Facultad de Medicina!

SEREBRIAKOV: Con ese pobre bobito ni quiero hablar.

SONIA: Como te plazca. *(Se sienta.)* Me da lo mismo.

SEREBRIAKOV: Y ahora, ¿qué hora es?

ELENA ANDRÉIEVNA: Las doce pasadas.

SEREBRIAKOV: ¡Es sofocante! ... Sonia, alcánzame las gotas de la mesa.

SONIA: En seguida. *(Le da las gotas.)*

SEREBRIAKOV: (*Irritado.*) Esas no. ¡No se puede pedir nada!

^SONIA.—No te pongas caprichoso. A lo mejor a algunos les gusta, pero a mí librame de eso, por favor. No me gusta. Además, no tengo tiempo, tengo que madrugar; mañana siegan el heno.

*Entra Voinitski en bata y con una vela*

VOINITSKI: Afuera se está preparando la tormenta. (*Un relámpago.*) ¡Ajá, y cómo! *Hélène* y Sonia, id a dormir, he venido a relevaros.

SEREBRIAKOV: (*Asustado.*) ¡No, no! ¡No me dejen con él! ¡Va a terminar conmigo con su cháchara!

VOINITSKI: ¡Pero hay que dejarlas descansar! ¡Ya es la segunda noche que no duermen!

SEREBRIAKOV: Que se vayan a dormir, pero véte tú también. Te lo agradezco. Te lo suplico. En nombre de nuestra pasada amistad, no protestes. Hablaremos más tarde.

VOINITSKI: (*Con una leve sonrisa de ironía.*) “Nuestra pasada amistad”... ¡Pasada!

SONIA: ¡Cállate, tío Vaña!

SEREBRIAKOV: (*A su mujer.*) ¡Querida mía, no me dejes con él! ¡Va a acabar conmigo!

VOINITSKI: Esto se pone ridículo.

*Entra Marina con una vela*

SONIA: Deberías acostarte, chachita. Ya es tarde.

MARINA: Nadie ha sacado de la mesa el samovar. ¡Sí, sí, te vas a acostar!

SEREBRIAKOV: Todos están sin dormir, todos rendidos. Únicamente yo gozo.

MARINA: (*Se acerca a Serebriakov, cariñosamente.*) ¿Qué, mi se-

ñor? ¿Duele? A mí también parece que se me quejan las piernas, ¡y cómo! (*Le arregla la manta.*) Esta enfermedad suya es de mucho tiempo. La difunta Vera Petrovna, la madre de Sónchka, solía no dormir noches y noches, se mataba... ¡Es que lo quería mucho! (*Pausa.*) Los viejos, como los chicos, quieren que alguien los compadezca, pero nadie se apiada de ellos... (*Besa a Serebriakov en un hombro.*) Vamos, a la cama, mi señor... Vamos, lucecita... Te daré tilo, te calentaré los piecitos... Rezaré a Dios por ti...

SEREBRIAKOV: (*Conmovido.*) Vamos, Marina.

MARINA: A mí también las piernas se me quejan. ¡Cómo se me quejan! (*Lo lleva junto con Sonia.*) Así es. Vera Petrovna se mataba, siempre llorando... Tú, Sóniushka, en aquel entonces eras chiquita, tonta... Vamos, vamos, señor...

*Serebriakov, Sonia y Marina salen*

ELENA ANDRÉIEVNA: Me ha agotado. Apenas me tengo en pie.

VOINITSKI: El a usted, y yo a mí mismo. Ya es la tercera noche que no duermo.

ELENA ANDRÉIEVNA: No andan bien las cosas en esta casa. Su madre lo detesta todo, salvo sus folletos y al profesor; éste está irritado, no me cree; a usted lo teme; Sonia está enfadada con el padre, enfadada conmigo, y ya hace dos semanas que no me habla; usted odia a mi marido y desprecia abiertamente a su madre; yo estoy nerviosa y hoy me he puesto a llorar veinte veces... No andan bien las cosas en esta casa.

VOINITSKI: ¡Dejemos la filosofía!

ELENA ANDRÉIEVNA: Usted, Iván Petróvich, es instruido, inteligente y, al parecer, debería entender que el mundo va a perder, no por los bandidos, no por los incendios, sino por el odio, por el encarnizamiento, por todas estas mezquinas querellas... Lo que usted tiene que hacer no es rezongar, sino reconciliar a todos.

VOINITSKI: ¡Primero reconcílieme conmigo mismo! ¡Querida...! (*Se inclina y besa la mano de Elena.*)

ELENA ANDRÉIEVNA: ¡Deje! (*Retira la mano.*) ¡Váyase!

VOINITSKI: Ahora cesará la lluvia y todo en la naturaleza se refrescará y respirará con alivio. Sólo a mí no me refrescará la tormenta. Día y noche, como una garra, me ahoga la idea de que mi vida está irrevocablemente perdida. El pasado no existe, está estúpidamente gastado en naderías, y el presente es terrible por su insensatez. He aquí mi vida y mi amor; ¿dónde ponerlos, qué hacer con ellos? Mi sentimiento perece en vano, como un rayo de sol apresado en una fosa, y yo mismo perezco.

ELENA ANDRÉIEVNA: Cuando me habla de su amor, me siento como atontada y no sé qué decir. Perdona, nada puedo decirle. (*Quiere irse.*) Buenas noches.

VOINITSKI: (*Interceptándole el paso.*) Si usted supiera cómo sufro ante la idea de que al lado mío, en la misma casa, está pereciendo otra vida: ¡la suya! ¿Qué espera usted? ¿Qué maldita filosofía la ata? ¡Oh, compéndalo, compéndalo!

ELENA ANDRÉIEVNA: (*Lo mira fijamente.*) Iván Petróvich, ¡usted está borracho!

VOINITSKI: ¡Puede ser, puede ser!

ELENA ANDRÉIEVNA: ¿Dónde está el doctor?

VOINITSKI: Está allí ... duerme en mi habitación. Puede ser, puede ser... Todo puede ser.

ELENA ANDRÉIEVNA: ¡Hoy también ha bebido! Y eso, ¿para qué?

VOINITSKI: Por lo menos se parece a vivir... ¡No me lo impida, Hélène!

ELENA ANDRÉIEVNA: Antes no bebía y nunca hablaba tanto... ¡Váyase a dormir! Me aburro con usted.

VOINITSKI: (*Echándose sobre su mano y besándosela.*) ¡Querida mía... maravilla mía!

ELENA ANDRÉIEVNA: (*Con disgusto.*) ¡Déjeme! ¡Esto se hace repugnante! (*Sale.*)

VOINITSKI: (*Solo.*) Se ha ido... (*Pausa.*) Hace diez años solía encontrarla en casa de mi difunta hermana. Entonces ella tenía diecisiete años y yo treinta y siete. ¿Por qué no me enamoré de ella y pedí su mano? ¡Vaya, era una cosa tan posible! Y ahora se asustaría de los truenos y yo la tendría entre mis brazos, susurrándole: "No temas, yo estoy aquí." ¡Oh, maravillosos pensamientos! ¡Qué bien! ¡Hasta me río!... Pero, ¡Dios mío!, los pensamientos se me embrollan en la cabeza. ¿Por qué estaré viejo? ¿Por qué me odia? Su retórica, su moral perezosa, sus absurdas e indolentes ideas sobre el hundimiento del mundo, todo es para mí profundamente odioso. (*Pausa.*) ¡Oh, qué engañado estaba! ¡Yo adoraba a ese profesor, a ese pobre gotoso; trabajaba para él como un buey! Sonia y yo exprimíamos de esta propiedad hasta el último jugo; como almaceneros, vendíamos aceite, guisantes, requesón; no comíamos lo suficiente, para ir juntando centavo sobre centavo y poder mandarle miles. ¡Me enorgullecía de él y de su ciencia! ¡Vivía y respiraba sólo por él! Todo lo que él escribía y profetizaba me parecía genial. ¡Dios!, ¿y ahora? Helo aquí, jubilado, y ahora se ve el resultado de su vida: después de él no quedará ni una página de su trabajo, es completamente desconocido, no es nada. ¡Una pompa de jabón! Y yo, engañado... lo veo: estúpidamente engañado...

*Entra Ástrov con chaqueta, sin chaleco ni corbata; está un tanto achispado; tras él, Teleguín con la guitarra*

ÁSTROV: ¡Toca!

TELEGUÍN: ¡Toditos están durmiendo!

ÁSTROV: ¡Toca!

*Teleguín toca bajito*

ÁSTROV: (*A Voinitski.*) ¿Estás solo? ¿No hay damas? (*Con los*

brazos en jarras, canta en voz baja.)

“¡Baila, choza! ¡Estufa, a bailar!  
¡El amo no tiene donde se acostar!”

Pues a mí me ha despertado la tormenta. ¡Qué señora lluvia! ¿Qué hora es?

VOINITSKI: El diablo lo sabe.

ÁSTROV: Me pareció oír la voz de Elena Andréievna.

VOINITSKI: Acaba de irse.

ÁSTROV: ¡Suntuosa mujer! (*Observa los frascos de la mesa.*) Medicinas. ¡No ha quedado receta por recetar! ¡De Járkov, de Moscú, de Tula...! A todas las ciudades ha aburrido con su gota. ¿Está enfermo o finge?

VOINITSKI: Enfermo. (*Pausa.*)

ÁSTROV: ¿Por qué estás tan triste hoy? ¿Te da lástima el profesor, o qué?

VOINITSKI: Déjame.

ÁSTROV: ¿O es que estás enamorado de la profesora?

VOINITSKI: Somos solamente amigos.

ÁSTROV: ¿Ya?

VOINITSKI: ¿Qué significa este “ya”?

ÁSTROV: La mujer puede llegar a ser amiga de un hombre sólo en el siguiente orden: primero, agradable conocida; después, amante y sólo más tarde amiga.

VOINITSKI: Filosofía de frívolos.

ÁSTROV: ¿Cómo? Sí... Hay que confesarlo: me estoy convirtiendo en un frívolo. Ves, también yo estoy borracho. Generalmente me emborracho sólo una vez por mes. Cuando me pongo en este estado, me vuelvo sinvergüenza e insolente en extremo. ¡Entonces todo me da igual! Me atrevo a ha-

cer las operaciones más difíciles y las realizo perfectamente; trazo los más amplios planes para el futuro; en esos momentos ya no me parezco un lelo y estoy convencido de que proporciono a la humanidad un provecho enorme... ¡enorme! En esos momentos tengo mi propio sistema filosófico y todos ustedes, hermanitos míos, me parecen bichitos así... ¡microbios! (*A Teleguin.*) ¡Toca, “Barquillo”!

TELEGUIN: Amiguito, para ti lo haría de todo corazón, pero... tienes que entenderlo, en la casa están durmiendo.

ÁSTROV: ¡Toca!

*Teleguin toca bajo*

ÁSTROV: Habría que beber un poco. Vamos, parece que allí quedó un poco de cognac. Y al salir el sol iremos a mi casa. ¿Estás de acuerdo? Tengo un practicante que nunca dice “¿Está usted de acuerdo?”, sino “¿Está usted cuerdo?” Un terrible pillo. Entonces, ¿estás de acuerdo? (*Al ver a Sonia, que entra.*) Perdone, estoy sin corbata. (*Sale rápidamente. Teleguin lo sigue.*)

SONIA: ¡Y tú, tío Vaña, otra vez te has emborrachado con el doctor! ¡Lindo par de tigres! El otro, por lo menos, siempre ha sido así; pero tú, ¿por qué? A tus años eso no te queda nada bien.

VOINITSKI: Los años no tienen nada que ver con este asunto. Cuando no hay una vida verdadera se vive de espejismos. En todo caso, es mejor que nada.

SONIA: El heno ya está segado, llueve todos los días, todo se pudre, y tú te ocupas de espejismos. Has abandonado completamente el manejo de la finca... Trabajo sola, mis fuerzas están exhaustas... (*Asustada.*) ¡Tío, tienes lágrimas en los ojos!

VOINITSKI: ¿Qué lágrimas? No hay nada ... ¡Pavadas! Me has mirado como tu difunta madre. Dulce mía... ¿Dónde estará ahora? ¡Si ella supiera! ¡Oh, si ella supiera!

SONIA: ¿Qué? Tío, ¿si supiera qué?

VOINITSKI: Duele; eso no está bien. No es nada... Más tarde... No es nada... Me voy. *(Sale.)*

SONIA: *(Llama a la puerta.)* ¡Mijaíl Lvóvich! ¿No duerme usted? ¡Un minuto!

ÁSTROV: *(Detrás de la puerta.)* ¡Enseguida! *(Entra después de un momento; ya lleva chaleco y corbata.)* A sus órdenes.

SONIA: Beba, si eso no le repugna; pero, se lo suplico, no deje beber a mi tío. Le hace daño.

ÁSTROV: Bien. No vamos a beber más. *(Pausa.)* Ahora me voy a mi casa. Decidido y firmado. Mientras enganchan los caballos, ya amanecerá.

SONIA: Está lloviendo. Espere hasta la mañana.

ÁSTROV: La tormenta pasa de largo, sólo un ala nos tomará. Me voy. Y, por favor, no me llame más para atender a su padre. Yo le digo gota, y él, reumatismo. Yo le pido que permanezca acostado, él está sentado. Y hoy ni quiso hablar conmigo.

SONIA: Me gusta tomar algún bocado por la noche. Parece que hay algo en el aparador. Dicen que el tuvo en su vida gran éxito con las mujeres, y fueron las damas las que lo han echado a perder con sus mimos. Tenga, tome queso.

*Ambos, parados junto al aparador, comen*

ÁSTROV: Hoy no comí nada; sólo he bebido. Su padre tiene un carácter pesado. *(Saca una botella del aparador.)* ¿Se puede? *(Bebe una copita.)* Aquí no hay nadie y se puede hablar sin rodeos. ¿Sabe?, a mí me parece que yo, en su casa, no podría sobrevivir ni un mes, me asfixiaría en este aire. Su padre, que se ha enterrado en su gota y sus libros; tío Vaña, con su esplín; su abuela y, finalmente, su madrastra...

SONIA: De mi madrastra, ¿qué?

ÁSTROV: En el hombre todo tiene que ser bello: el rostro y la vestimenta, el alma y los pensamientos. Ella es bella, no hay duda, pero... ¡caramba! No hace otra cosa que comer, dormir, pasear, seducirnos a todos con su belleza... y nada más. No tiene obligaciones de ninguna clase, otros trabajan para ella... ¿No es así? Y una vida ociosa no puede ser limpia. *(Pausa.)* Pero tal vez juzgo con demasiada severidad. No estoy satisfecho de la vida, igual que su tío Vaña, y los dos nos estamos volviendo rezongones.

SONIA: ¿Y usted está descontento de la vida?

ÁSTROV: La vida en sí, la quiero; pero la vida nuestra, la vida de pequeña provincia, la vida rusa, la vida de los mediocres, no la soporto y la aborrezco con todas las fuerzas de mi alma. Y, en cuanto a mi propia vida, mi vida personal, por Dios que en ella no hay nada bueno. ¿Sabe? Cuando uno va por el bosque en una noche oscura y ve brillar a lo lejos una lucecita, entonces no nota la fatiga, ni la oscuridad, ni las ramas que le golpean la cara... Yo trabajo, usted lo sabe, como nadie en el distrito. El destino me golpea sin cesar; a veces sufro de un modo insoportable, pero no tengo ninguna lucecita a lo lejos. Para mí ya no espero nada, no quiero a la gente... Hace tiempo que no quiero a nadie.

SONIA: ¿A nadie?

ÁSTROV: A nadie. Tan sólo siento cierta ternura por su chacha, como un viejo resabio. Los paisanos son muy monótonos, atrasados, viven en la suciedad, y con los intelectuales es difícil llevarse bien. Cansan. Todos ellos, nuestros buenos amigos, piensan chato, sienten chato y no ven más lejos de sus narices; sencillamente, son unos tontos. Y los que son un poco más inteligentes y de más talla, son histéricos, carcomidos por el análisis, por la reflexión... Lloriquean, son misántropos, calumnian de un modo enfermizo, se acercan al hombre de costado, lo miran de reojo y deciden: "¡Oh, es un psicópata!" o "Es un fabricante de frases". Y cuando no saben qué etiqueta pegar a mi frente, entonces dicen: "Es

un hombre raro, raro." A mí me gustan los bosques, es raro; no como carne, también es raro. Ya no existe una actitud espontánea, pura y libre hacia la naturaleza y la gente... ¡No y no! (*Intenta beber.*)

SONIA: (*Se lo impide.*) ¡No, se lo ruego, se lo suplico, no beba más!

ÁSTROV: ¿Por qué?

SONIA: No le queda bien. Usted es elegante, tiene una voz tan tierna... Más aún: es bello como nadie entre todos los que yo conozco. ¿Por qué, entonces, quiere parecerse a la gente común que bebe y juega a las cartas? ¡Oh, no haga eso, se lo suplico! Usted siempre dice que los hombres no crean, solamente destruyen lo que les ha sido dado desde arriba. Entonces, ¿por qué, por qué se está destruyendo a sí mismo? No hay para qué... yo se lo suplico... lo conjuro.

ÁSTROV: (*Tendiéndole la mano.*) No beberé más.

SONIA: Déme su palabra.

ÁSTROV: Palabra de honor.

SONIA: (*Le estrecha fuertemente la mano.*) ¡Gracias!

ÁSTROV: ¡Basta! Estoy despejado. ¿Ve?, ya estoy completamente lúcido y así seguiré hasta el fin de mis días. (*Mira el reloj.*) Pues, continuemos. Yo digo: mi tiempo ya ha pasado, ya se me ha hecho tarde... He envejecido, he trabajado demasiado, me he vuelto frívolo, todos mis sentimientos se han gastado y parece que ya no podría encariñarme con un ser humano. No quiero a nadie, y... ya no voy a querer. Lo único que me cautiva aún es la belleza. Me atrae. Me parece que si Elena Andréievna quisiera, podría volverme loco en un día... Pero, claro, esto no es ni amor ni cariño. (*Se cubre los ojos con una mano y se estremece.*)

SONIA: ¿Qué le sucede?

ÁSTROV: No es nada. En Cuaresma se me murió un enfermo

bajo el cloroformo.

SONIA: Ya es tiempo de olvidarlo. (*Pausa.*) Dígame Mijaíl Lvóvich... Si yo tuviera una amiga o una hermanita, y si usted supiera que ella... en fin, supongamos que ella lo quisiera... ¿cómo reaccionaría usted?

ÁSTROV: (*Encogiéndose de hombros.*) No sé. Me imagino que de ninguna manera. Le daría a entender que no puedo quererla... Además, ahora mi cabeza no está para esos asuntos. Sea como sea, ya que hay que marchar, éste es el momento. Adiós, querida; así no vamos a terminar ni hasta la mañana. (*Le da un apretón de manos.*) Pasaré por la sala, si me lo permite; si no, temo que su tío me vaya a retener... (*Sale.*)

SONIA: (*Sola.*) Nada me ha dicho... Su alma y su corazón aún están ocultos para mí; pero entonces, ¿por qué me siento tan feliz? (*Ríe de alegría.*) Yo le dije: usted es elegante, noble, tiene la voz tan dulce... ¿Acaso eso no fue oportuno? Su voz vibra, acaricia... hela aquí, la siento en el aire. Y cuando le dije lo de la hermanita, no entendió... (*Retorciéndose las manos.*) ¡Oh, qué terrible ser fea! ¡Qué terrible! Y yo sé que soy fea, lo sé, lo sé... El domingo pasado, al salir de la iglesia, oí cómo hablaban de mí y una mujer dijo: "Es buena, generosa, lástima que sea tan fea"... Fea...

*Entra Elena Andréievna*

ELENA ANDRÉIEVNA: (*Abre las ventanas.*) Pasó la tormenta. ¡Qué buen aire! (*Pausa.*) ¿Dónde está el doctor?

SONIA: Se ha ido. (*Pausa.*)

ELENA ANDRÉIEVNA: ¿Sophie?

SONIA: ¿Qué?

ELENA ANDRÉIEVNA: ¿Hasta cuándo va a estar usted fastidiada conmigo? No nos hemos hecho ningún mal la una a la otra. ¿Para qué entonces ser enemigas? ¡Dejemos eso!

SONIA: Yo misma quería... (*La abraza.*) Basta de enojos.

ELENA ANDRÉIEVNA: Eso es. Está bien.

*Ambas están emocionadas*

SONIA: ¿Papá se acostó?

ELENA ANDRÉIEVNA: No, está sentado en la sala... Nos pasamos semanas enteras sin hablarlos, y Dios sabe por qué... (*Viendo abierto el aparador.*) ¿Qué es eso?

SONIA: Mijaíl Lvóvich estuvo cenando.

ELENA ANDRÉIEVNA: También hay vino... Vaya, brindemos y luego tuteémonos.

SONIA: Vamos.

ELENA ANDRÉIEVNA: De una misma copita. (*Vierte vino.*) Así será mejor. Y, entonces, ¿tú?

SONIA: (*Beben y se besan.*) Yo hace tiempo que quería hacer las paces, pero me daba así como vergüenza. (*Llora.*)

ELENA ANDRÉIEVNA: Pero dime, Sonia, ¿por qué lloras?

SONIA: Nada, porque sí...

ELENA ANDRÉIEVNA: Ea, basta, basta. (*Llora.*) Tontita, yo también estoy llorando. (*Pausa.*) Estás enojada conmigo como si me hubiera casado con tu padre por interés... Si crees en los juramentos, te juro que cuando me casé con él fue por amor. Me enamoré del sabio, del hombre célebre. El amor no era verdadero, era artificial, pero en aquel tiempo me parecía que era verdadero. No soy culpable. Mientras que tú, desde el mismo día de la boda, no dejaste de castigarme con tus ojos inteligentes y desconfiados.

SONIA: ¡Basta... paz, paz! ¡Olvidemos!

ELENA ANDRÉIEVNA: No hay que mirar de esa manera, no te queda bien. Hay que creer a todos; si no, no se puede vivir. (*Pausa.*)

SONIA: Dime, de todo corazón, como a una amiga... ¿Eres feliz?

ELENA ANDRÉIEVNA: No.

SONIA: Lo sabía. Una pregunta más. Dime, francamente: ¿querías tener un marido joven?

ELENA ANDRÉIEVNA: ¡Qué chiquilla eres todavía! Claro que quería. (*Se ríe.*) ¿A ver? Pregunta algo más... pregunta...

SONIA: ¿Te gusta el doctor?

ELENA ANDRÉIEVNA: Sí, mucho.

SONIA: (*Riendo.*) Tengo cara de tonta, ¿no? Sí: se ha marchado, pero yo sigo oyendo su voz y sus pasos, y si miro la ventana oscura se me aparece su rostro. Déjame decirlo todo... Pero no puedo hablar en voz tan alta, tengo vergüenza. Vayamos a mi cuarto, allí hablaremos. ¿Te parezco tonta? Confíesalo... Dime algo de él...

ELENA ANDRÉIEVNA: Bueno, ¿qué?

SONIA: Es inteligente... Sabe hacer de todo, lo puede todo... cura, planta bosques...

ELENA ANDRÉIEVNA: No se trata de bosques ni de medicina... Querida mía, compréndelo, es un talento! ¿Tú sabes lo que significa el talento? Audacia, cabeza libre, gran envergadura... Planta un arbolito y ya piensa qué provecho tendrá de él la humanidad dentro de mil años; ya vislumbra la dicha de la humanidad. Gente así es rara... hay que quererla... El bebe, suele ser un poco grosero, pero, ¡esto no es nada! En Rusia un hombre talentoso no puede quedarse del todo limpio. ¡Piensa tú misma qué clase de vida lleva este doctor! En los caminos, un barro intransitable, heladas, tormentas de nieve, enormes distancias; el pueblo bruto, salvaje; alrededor miseria, enfermedades y dentro de tal ambiente, al que trabaja y lucha día tras día, le es difícil conservarse a los cuarenta años limpio y sobrio... (*La besa.*) Te lo deseo de todo corazón; tú mereces ser dichosa. (*Se levanta.*) En cuanto a mí, soy un personaje episódico, aburrido... En música y en la casa de mi marido y en todos mis amores, en una pa-



labra, en todas partes, he sido solamente un personaje episódico. A decir verdad, Sonia, si se profundiza, soy muy, muy infeliz. *(Se pasea por el escenario agitada.)* No hay felicidad para mí en este mundo. No la hay. ¿Por qué te ríes?

SONIA: *(Se ríe, cubriéndose la cara con las manos.)* ¡Me siento tan feliz, tan feliz!

ELENA ANDRÉIEVNA: Quiero tocar... tocaría algo ahora.

SONIA: Toca. *(La abraza.)* Yo no puedo dormir... ¡Toca!

ELENA ANDRÉIEVNA: En seguida. Tu padre no duerme; cuando está enfermo le irrita la música. Vé, pregúntale. Si él no dice nada, tocaré. Vé.

SONIA: Ahora. *(Sale.)*

*En el parque se oye al sereno golpear su tabla*

ELENA ANDRÉIEVNA: Hacía ya tiempo que no tocaba. Voy a tocar y llorar, llorar como una tonta. *(Hacia la ventana.)* ¿Eres tú el que golpea, Efim?

LA VOZ DEL SERENO: Yo.

ELENA ANDRÉIEVNA: No golpees, el señor no está bien.

LA VOZ DEL SERENO: Enseguida me voy. *(Silbando.)* ¡Eh, vosotros, Chicho, Tom, Chicho! *(Pausa.)*

SONIA: *(De regreso.)* No se puede.

TELÓN

## TERCER ACTO

*La sala de la casa de Serebriakov. Tres puertas: una a la derecha, otra a la izquierda y la tercera al centro. Es de día. Voinitski y Sonia sentados, y Elena Andréievna paseando por la escena, pensativa.*

VOINITSKI: Herr Professor se ha dignado expresar el deseo de que todos nosotros nos reuniéramos hoy en esta sala, para la una de la tarde. *(Mirando el reloj.)* La una menos cuarto. Algo quiere revelar al mundo.

ELENA ANDRÉIEVNA: Probablemente se trata de algo que hacer.

VOINITSKI: El no tiene nada que hacer. Escribe pavadas, zonga y cela; nada más.

SONIA: *(En tono de reproche.)* ¡Tío!

VOINITSKI: Bien, bien, perdona. *(Señala a Elena Andréievna.)* ¡Admírenla! Anda y, de pura pereza, se balancea. ¡Muy gracioso! ¡Muy, muy gracioso!

ELENA ANDRÉIEVNA: Usted se pasa el día zumbando, siempre zumbando. ¿Cómo no se aburre? *(Con angustia.)* ¡Me muero de aburrimiento, no sé qué hacer!

SONIA: *(Encogiéndose de hombros.)* ¿Es que hay poco que hacer? Bastaría que quisieras...

ELENA ANDRÉIEVNA: ¿Por ejemplo?

SONIA: Ocupate de la casa, enseña, cura. ¿Es poco, acaso? Cuando papá y tú no estabais aquí, nosotros, el tío Vaña y yo, íbamos personalmente a la feria a vender la harina.

ELENA ANDRÉIEVNA: Yo no sé hacer eso. Además, no es interesante. Solamente en las novelas de tesis se enseña y se cura a los paisanos; pero, ¿cómo yo, sin más ni más, de repente me voy a poner a curarlos o a enseñarles?

SONIA: En cambio, yo no comprendo cómo se puede dejar de hacerlo. Espera, también tú te vas a acostumbrar. (*La abraza.*) No te aburras, querida mía. (*Riéndose.*) Te aburres, no sabes qué hacer contigo misma y el aburrimiento y la ociosidad son contagiosos. Mira: tío Vaña no hace nada, sólo anda detrás de ti como una sombra; y yo abandoné mis cosas y vine corriendo a tu lado para charlar. Me he vuelto haragana, no puedo trabajar. El doctor Mijaíl Lvóvich visitaba antes nuestra casa muy raras veces, una vez al mes; era difícil hacerlo venir. Y ahora viene todos los días; ha abandonado sus bosques y su medicina. Debes de ser una hechicera.

VOINITSKI: ¿Por qué se angustia usted? (*Vivamente.*) A ver, querida mía, esplendor mío, ¡entre en razón! Por sus venas corre sangre de ondina. ¡Sea, pues, ondina! ¡Desenládese, por lo menos una vez en la vida; enamórese lo más pronto posible, hasta el pelo, de algún silfo y, ¡plaf!, de cabeza en un remolino para que *Herr Professor* y todos nosotros nos quedemos con la boca abierta.

ELENA ANDRÉIEVNA: (*Con ira.*) ¡Déjeme en paz! ¡Qué cruel es esto! (*Quiere irse.*)

VOINITSKI: (*No la deja.*) No, no, alegría mía, perdone... Pido perdón. (*Besa su mano.*) Paz.

ELENA ANDRÉIEVNA: Convenga en que ni a un ángel le alcanzaría la paciencia.

VOINITSKI: En señal de paz y concordia traeré enseguida un ramo de rosas; ya lo preparé para usted esta mañana... Rosas de otoño. .. encantadoras, tristes rosas ... (*Sale.*)

SONIA: Rosas de otoño, encantadoras, tristes rosas.

*Ambas miran por la ventana*

ELENA ANDRÉIEVNA: Ya estamos en setiembre. ¡Quién sabe cómo vamos a pasar aquí el invierno! (*Pausa.*) ¿Dónde está el doctor?

SONIA: En la habitación de tío Vaña. Escribe algo. Me alegro de que se haya ido tío Vaña; tengo que hablar contigo.

ELENA ANDRÉIEVNA: ¿De qué?

SONIA: ¿De qué? (*Reclina la cabeza sobre el pecho de Elena Andréievna.*)

ELENA ANDRÉIEVNA: Bueno, bueno... (*Le arregla los cabellos.*) ¡Bueno!

SONIA: Soy fea.

ELENA ANDRÉIEVNA: Tienes un cabello espléndido.

SONIA: ¡No! (*Vuelve la cabeza para mirarse al espejo.*) ¡No! Cuando una mujer no es linda, se le dice: "Usted tiene lindos ojos, usted tiene lindo cabello"... Yo lo quiero ya hace seis años, lo quiero más que a mi madre; lo oigo a cada momento, siento el apretón de su mano. Miro a la puerta y espero; siempre me parece que de pronto va a entrar. Ya ves, siempre vengo a ti para hablar de él. Ahora está aquí todos los días, pero no me mira, no me ve... ¡Qué sufrimiento! ¡No tengo ninguna esperanza, ninguna, ninguna! (*Desesperada.*) ¡Oh, Dios, dame fuerzas! He rezado toda la noche... Muy a menudo me acerco a él y soy la primera en hablarle; lo miro a los ojos... Ya no tengo orgullo ni fuerzas para dominarme... No pude contenerme y ayer confesé a tío Vaña que lo quiero... Todos los criados saben que lo quiero. Todos lo saben.

ELENA ANDRÉIEVNA: ¿Y él?

SONIA: No. Ni me ve.

ELENA ANDRÉIEVNA: (*Pensativa.*) Es un hombre extraño... ¿Sabes qué? Permítemelo, le voy a hablar... Lo haré con cuidado, insinuando... (*Pausa.*) De veras, ¿hasta cuándo quedarse en la incertidumbre? ¡Permítemelo!

*Sonia mueve afirmativamente la cabeza*

ELENA ANDRÉIEVNA: ¡Muy bien! No será difícil averiguar si ama

o no ama. No te avergüences, pequeña, no te aflijas; lo voy a interrogar con tacto; él ni se dará cuenta. Lo único que nos interesa es "sí o no". (Pausa.) Si es no, que no venga más. ¿Está bien así?

*Sonia mueve la cabeza afirmativamente*

ELENA ANDRÉIEVNA: Será más fácil soportarlo no viéndolo. No vamos a poner el asunto en carpeta, lo interrogaremos ahora mismo... Pensaba mostrarme unos gráficos... Vé a decirle que quiero verlo.

SONIA: (Muy excitada.) ¿Me dirás toda la verdad?

ELENA ANDRÉIEVNA: ¡Claro que sí! Creo que la verdad, cualquiera sea, no es con todo tan terrible como la incertidumbre. Confía en mí, chiquita.

SONIA: Sí... sí ... Le diré que quieres ver sus gráficos. (Va a salir pero se detiene junto a la puerta.) No, es mejor la incertidumbre... Al menos queda la esperanza.

ELENA ANDRÉIEVNA: ¿Qué?

SONIA: Nada. (Sale.)

ELENA ANDRÉIEVNA: (Sola.) Lo peor es cuando sabes un secreto ajeno y no puedes ayudar. (Reflexionando.) El no está enamorado de ella, es evidente; no obstante, ¿por qué no ha de casarse con ella? No es bonita, pero para un médico de aldea, a su edad, ella resultaría una espléndida esposa. Inteligente, tan buena, tan pura... No, no es eso, no es eso... (Pausa.) Yo comprendo a esta pobre muchacha. En el desesperado hastío, cuando, en vez de seres, vagan alrededor unas como manchas grises; cuando no se oyen más que trivialidades; cuando lo único que se sabe es comer, beber y dormir, de vez en cuando viene él, que no se parece a nadie, buen mozo, interesante, encantador, como si en la oscuridad emergiera una luna clara... Entregarse al encanto de un hombre así, olvidar... Parece que yo misma estoy un poquito enamorada. Sí, sin él me aburro y ahora sonrío

pensando en él. Este tío Vaña dice que por mis venas corre sangre de ondina. "Desencadénese por lo menos una vez en la vida." ¿Y qué? Quizá tenga que ser así... Huir volando como un pájaro libre, de todos ustedes, de las caras soñolientas, de las conversaciones; olvidar que existen en el mundo... Pero soy cobarde, tímida... La conciencia me torturará hasta matarme... Ahora viene aquí, yo adivino por qué, todos los días, y ya me siento culpable, pronta a caer de rodillas ante Sonia, pedir perdón, llorar...

ÁSTROV: (Entra con un cartograma.) Buenos días. (Estrecha su mano.) ¿Usted quería ver mi obra de arte?

ELENA ANDRÉIEVNA: Ayer me prometió mostrarme sus trabajos... ¿Está usted desocupado ahora?

ÁSTROV: ¡Oh, claro! (Extiende sobre una mesa de juego su cartograma y lo fija con unas chinches.) ¿De dónde es usted?

ELENA ANDRÉIEVNA: (Ayudándolo.) De Petersburgo.

ÁSTROV: ¿Y dónde estudió?

ELENA ANDRÉIEVNA: En el Conservatorio.

ÁSTROV: Me imagino que esto no le va a interesar.

ELENA ANDRÉIEVNA: ¿Por qué? Es verdad que no conozco el campo, pero he leído mucho.

ÁSTROV: Tengo en esta casa mi propio escritorio... En la pieza de Iván Petróvich. Cuando me siento completamente agotado, hasta un total embotamiento, entonces lo abandono todo y corro hacia aquí y me entretengo con esto una o dos horas... Se oye el ruido de las cuentas del ábaco que manipulan Iván Petróvich y Sofía Alexándrovna, mientras que yo, sentado al lado de ellos, junto a mi escritorio, ensucio papeles... Siento tibieza, tranquilidad, y el grillo canta. Pero este placer no me lo permito con frecuencia: una vez por mes. (Señalando en el cartograma.) Ahora mire aquí. Es el cuadro de nuestro distrito tal como era cincuenta años atrás. El color verde oscuro y el verde claro indican los bos-

ques; la mitad de toda la superficie está ocupada por bosques. Donde el verde está sombreado con rojo quiere decir que había alces y cabras monteses. Aquí indico tanto flora como fauna. En este lago vivían cisnes, ocas, patos y, como dicen los viejos, "había una nube" de cada clase de pájaros, "algo nunca visto", nubes que volaban en tropel. Además de pueblos y aldeas, ¿lo ve?, aquí y allí están dispersos diferentes poblados, granjas, ermitas de religiosos disidentes, molinos de agua... Había mucho ganado mayor y caballos. Esto se ve por el color celeste. Por ejemplo, en este distrito, el color celeste es intenso; aquí había verdaderas manadas, tres caballos por cada casa. *(Pausa.)* Ahora mire más abajo. Cómo era hace veinticinco años: aquí ya solamente una tercera parte de la superficie está cubierta de bosques. Ya no hay cabras, pero todavía hay alces. El color verde y el celeste ya son más pálidos, y así todo. Ahora pasamos a la tercera parte; el cuadro del distrito en la actualidad. En algunas partes hay color verde, pero ya no es continuo sino a manchas; han desaparecido los alces y los cisnes y los urogallos. De los antiguos poblados, granjas, ermitas, molinos, no quedó ni huella. En suma, el cuadro de una degeneración paulatina e indudable, la que probablemente no tardará más de diez o quince años en ser completa. Usted dirá que estamos frente a las influencias de la civilización, que la vida antigua lógicamente debía ceder su lugar a una vida nueva. Sí, lo entendería si en lugar de estos bosques exterminados surgieran caminos pavimentados, ferrocarriles; si hubiera aquí empresas, fábricas, escuelas; entonces el pueblo sería más sano, más rico, más culto; ¡pero aquí no hay nada parecido! En todo el distrito los mismos pantanos, los mismos mosquitos, la misma falta de caminos; miseria, tifus, difteria, incendios... Estamos frente a una degeneración, producto de una lucha por la existencia que es superior a nuestras fuerzas: una degeneración causada por la rutina, la ignorancia, una falta total de comprensión: el hombre aterido, hambriento y enfermo, para salvar lo que le queda de vida, para proteger a sus hijos, instintivamente, incons-

cientemente, se agarra a todo lo que puede calentarlo y saciar su hambre, lo destruye todo sin pensar en el día de mañana... Ya lo ha destruido casi todo, pero nada ha creado para reemplazarlo. *(Fríamente.)* Por su cara veo que esto no le interesa.

ELENA ANDRÉIEVNA: Es que yo entiendo tan poco de eso...

ÁSTROV: Aquí no hay nada que entender. Sencillamente, no le interesa.

ELENA ANDRÉIEVNA: Hablando con franqueza, mi pensamiento no está ahora en esas cosas. Perdóneme. Tengo que hacerle un pequeño interrogatorio y estoy turbada, no sé cómo empezar.

ÁSTROV: ¿Un interrogatorio?

ELENA ANDRÉIEVNA: Se trata de mi hijastra, Sonia. ¿Ella le gusta?

ÁSTROV: Sí, la respeto.

ELENA ANDRÉIEVNA: ¿Le gusta como mujer?

ÁSTROV: *(Tras una pausa.)* No.

ELENA ANDRÉIEVNA: Dos o tres palabras más y termino. ¿No ha notado usted nada?

ÁSTROV: Nada.

ELENA ANDRÉIEVNA: *(Le toma la mano.)* Usted no la quiere, lo veo por sus ojos... Ella sufre... Compréndalo y... deje de venir aquí.

ÁSTROV: *(Levantándose.)* Mi hora ya ha pasado. Además, no tengo tiempo. *(Encogiéndose de hombros.)* ¿Cuándo podría yo...? *(Se siente avergonzado.)*

ELENA ANDRÉIEVNA: ¡Uf, qué conversación desagradable! Estoy tan agitada como si hubiera tenido que cargar toneladas. Y bien, gracias a Dios hemos terminado. Olvidemos, como si ni hubiéramos hablado y... váyase. Usted es un hombre in-

teligente, comprenda. (Pausa.) Hasta me he puesto toda colorada.

ÁSTROV: Si me lo hubiera dicho unos dos meses atrás, quizá lo hubiera pensado, pero ahora... (Encogiéndose de hombros.) Pero si ella sufre, entonces, claro... Lo único que no entiendo: ¿para qué necesitaba usted este interrogatorio? (La mira a los ojos y la amenaza con un dedo.) ¡Usted es una astuta!

ELENA ANDRÉIEVNA: ¿Qué quiere decir?

ÁSTROV: (Riéndose.) ¡Una astuta! Supongamos que Sonia sufre, lo admito de buen grado; pero, ¿para qué este interrogatorio suyo? (Le impide hablar, vivamente.) Permítame, no ponga cara de asombro. Usted sabe perfectamente bien a qué vengo aquí todos los días... A qué y por quién; lo sabe usted perfectamente. ¡Mi dulce fierecilla! No me mire así, soy un zorro viejo.

ELENA ANDRÉIEVNA: (Con asombro.) ¿Fierecilla? No entiendo nada.

ÁSTROV: Es usted una hermosa y suave fierecilla. ¡Usted necesita víctimas! Mire, ya hace un mes que no hago nada, lo abandoné todo, la busco con ansia y esto le gusta enormemente, terriblemente... Y bien; estoy vencido, usted lo sabía y sin necesidad de interrogatorio. (Cruzándose de brazos, inclina la cabeza.) ¡Me someto! ¡Tome, coma!

ELENA ANDRÉIEVNA: ¿Se ha vuelto usted loco?

ÁSTROV: (Riendo entre dientes.) Es tímida...

ELENA ANDRÉIEVNA: ¡Oh, soy mejor y más digna de lo que usted cree! ¡Se lo juro! (Quiere salir.)

ÁSTROV: (Interceptándole el paso.) Hoy me marchó, no voy a volver más, pero... (Toma su mano, y mira hacia atrás para asegurarse de que nadie los ve.) ¿Dónde nos seguiremos viendo? Diga pronto: ¿dónde? Puede venir alguien, hable pronto... (Apasionadamente.) ¡Qué divina, qué espléndida!... Un solo beso... Besar sus fragantes cabellos una sola vez...

ELENA ANDRÉIEVNA: Le juro...

ÁSTROV: (No la deja hablar.) ¿Para qué jurar? No hay que jurar. Las palabras están de más. ¡Oh, qué hermosa! ¡Qué manos! (Besa sus manos)

ELENA ANDRÉIEVNA: Pero, ¡basta de una vez! Váyase. (Retira las manos.) Ha perdido la cabeza.

ÁSTROV: Diga, diga, por fin: ¿dónde nos encontraremos mañana? (La abraza por el talle.) Ya ves, es inevitable, tenemos que vernos. (La besa; en ese momento entra Voinitski con un ramo de rosas y se detiene en la puerta.)

ELENA ANDRÉIEVNA: (Sin verlo.) Tenga piedad... déjeme... (Apoya su cabeza sobre el pecho de Ástrov.) ¡No! (Quiere irse.)

ÁSTROV: (Sujetándola por la cintura.) Ven mañana al puesto forestal... a eso de las dos... ¿Sí? ¿Sí? ¿Vendrás?

ELENA ANDRÉIEVNA: (Al ver a Voinitski.) ¡Suélteme! (Profundamente turbada va hacia la ventana.) ¡Es horrible!

VOINITSKI: (Pone el ramo sobre la mesa; muy agitado se seca el rostro y el cuello con un pañuelo.) No es nada... Sí... no es nada...

ÁSTROV: (Con arrogancia.) Hoy, mi muy honorable Iván Petróvich, el tiempo no está mal. Por la mañana estaba algo nublado, como si estuviera por llover, pero ahora hay sol. Hablando con franqueza, nos tocó un espléndido otoño... y los sembrados invernales resultaron bastante bien. (Enrolla el cartograma.) Sólo que los días son más cortos. (Sale.)

ELENA ANDRÉIEVNA: (Se acerca rápidamente a Voinitski.) ¡Usted hará todo lo posible, utilizará toda su influencia para que mi marido y yo nos vayamos de aquí hoy mismo. ¿Oye? ¡Hoy mismo!

VOINITSKI: (Secándose el rostro.) ¿Eh? Sí, sí... bien... Hélène yo lo he visto todo, todo...

ELENA ANDRÉIEVNA: (Nerviosamente.) ¿Me oye? ¡Debo salir de aquí hoy mismo!

*Entran Serebriakov, Sonia, Teleguin y Marina*

TELEGUIN: Yo mismo, Vuestra Excelencia, no me encuentro del todo sano. Ya hace dos días que estoy enfermo. La cabeza está algo... no del todo...

SEREBRIAKOV: Pero, ¿dónde están los demás? No me gusta esta casa; es como un laberinto. Veintiséis enormes habitaciones. Todos se desparraman, nunca se encuentra a nadie. (*Toca el timbre.*) Pídale a Maria Vasílievna y Elena Andréievna que vengan.

ELENA ANDRÉIEVNA: Estoy aquí.

SEREBRIAKOV: Les pido, señores, que se sienten.

SONIA: (*Al acercarse a Elena Andréievna con impaciencia.*) ¿Qué ha dicho?

ELENA ANDRÉIEVNA: Después.

SONIA: ¿Tiemblas? ¿Estás nerviosa? (*Examina inquisitivamente su rostro.*) Comprendo... Ha dicho que no va a venir más... ¿sí? (*Pausa.*) Dí: ¿sí?

*Elena Andréievna afirma con la cabeza*

SEREBRIAKOV: (*A Teleguin.*) Los malestares todavía se pueden aguantar, vaya y pase; pero lo que no puedo tragar es esta forma de vida en el campo. Tengo la sensación de haber caído de la tierra en algún planeta extraño. Siéntense, señores, se lo pido. ¡Sonia! (*Sonia no lo oye; está de pie con la cabeza tristemente inclinada.*) ¡Sonia! (*Pausa.*) No oye. (*A Marina.*) Tú también, ama, siéntate. (*Marina se sienta y hace calce.*) Les pido, señores, que presten atención. (*Ríe.*)

VOINITSKI: (*Nervioso.*) Quizá no me necesitan. ¿Puedo irme?

SEREBRIAKOV: No, se te necesita aquí más que a cualquier otra persona.

VOINITSKI: ¿Qué es lo que usted desea de mí?

SEREBRIAKOV: ¡Usted! ¿De qué estás enojado? (*Pausa.*) Si de algo soy culpable frente a ti, entonces, perdóname, por favor.

VOINITSKI: Deja ese tono. Al grano... ¿Qué necesitas?

*Entra Maria Vasílievna*

SEREBRIAKOV: He aquí a la maman. Señores, comienzo. (*Pausa.*) Os he invitado, señores, para manifestaros que está por venir un inspector<sup>2</sup> Pero bromas aparte. El caso es serio. Los he reunido, señores, para pedirles ayuda y consejo, y, conociendo la proverbial amabilidad de ustedes, espero obtenerlos. Soy un docto, un hombre de libro y siempre fui ajeno a la vida práctica. No puedo pasarme sin las indicaciones de gente competente, y te pido a ti, Iván Petróvich, y a usted, Iliá Ilich, y a *maman*... El caso es que *manet omnes una nox* es decir, todos estamos sometidos a la voluntad de Dios; soy viejo, estoy enfermo, y por eso encuentro oportuno arreglar mis asuntos económicos en cuanto ellos atañen a mi familia. Mi vida está ya terminada. No pienso en mí mismo, pero tengo una esposa joven, una hija doncella. (*Pausa.*) Es imposible para mí seguir viviendo en el campo. No hemos sido creados para ello. Mientras que vivir en la ciudad, con lo que recibimos de esta finca, es imposible. ¿Vender el bosque, por ejemplo? En un recurso extraordinario, al que no se puede apelar cada año. Hay que encontrar un medio que nos garantice una renta continua, de una cifra más o menos determinada. He ideado este recurso, y tengo el honor de someterlo a discusión. Omitiendo detalles, lo voy a exponer en rasgos generales. Nuestra propiedad rinde, término medio, no más que el dos por ciento. Yo propongo venderla. Si convertimos en acciones el dinero obtenido, entonces recibiremos del cuatro al cinco por ciento y creo que hasta quedará un sobrante de algunos miles, que nos permitirá comprar en Finlandia una pequeña residencia veraniega.

<sup>2</sup> De "El Inspector", de Gogol. (N. de los T.)

VOINITSKI: Espera... Me parece que me falla el oído. Repite lo que has dicho.

SEREBRIAKOV: Convertir el dinero en acciones y, con el sobrante que quede, comprar una residencia veraniega en Finlandia.

VOINITSKI: Eso no... Has dicho otra cosa más.

SEREBRIAKOV: Propongo vender la propiedad.

VOINITSKI: Eso mismo. Vas a vender la propiedad; perfecto. Una gran idea. ¿Y dónde ordenas que me meta yo con mi vieja madre y con Sonia?

SEREBRIAKOV: Todo eso lo discutiremos a su debido tiempo. Todo de golpe... no se puede...

VOINITSKI: Espera. Por lo visto, hasta ahora yo no he tenido ni una gota de sentido común. Fui tan tonto que pensaba que esta propiedad pertenece a Sonia. Mi difunto padre la compró como dote para mi hermana. Hasta ahora era tan ingenuo que no entendía las leyes a la turca y pensaba que la propiedad había pasado de mi hermana a Sonia.

SEREBRIAKOV: Sí, la propiedad pertenece a Sonia. ¿Quién lo discute? Sin el consentimiento de Sonia no me atrevería a venderla. Además, propongo esto para el bien de Sonia.

VOINITSKI: ¡Es inconcebible, inconcebible! O yo me he vuelto loco, o... o...

MARIA VASÍLIEVNA: *Jean*, no contradigas a Alexandr. Créelo, él sabe mejor que nosotros lo que está bien y lo que está mal.

VOINITSKI: No, ¡dénme agua! (*Bebe.*) ¡Hablen como quieran, como quieran!

SEREBRIAKOV: No comprendo. ¿Por qué te pones nervioso? Yo no sostengo que mi proyecto sea ideal; si ustedes lo encuentran inadecuado, no insistiré. (*Pausa.*)

TELEGUIN: (*Con timidez.*) Yo, vuestra excelencia, no sólo ali-

mento adoración por la ciencia, sino que tengo también sentimientos de parentesco con ella. El hermano de la esposa de mi hermano Grigori Ilich, que usted me hace el honor de conocer, Konstantín Trofimovich Lakedemonov, era licenciado...

VOINITSKI: Espera, "Barquillo", estamos hablando de un asunto importante. Espera, espera... (*A Serebriakov, por Teleguin.*) Pregúntale a él; esta propiedad fue comprada a su tío...

SEREBRIAKOV: ¡Ah! ¿Para qué tengo que preguntar? ¿Para qué?

VOINITSKI: En aquel entonces fue comprada en noventa y cinco mil rublos. El padre pagó solamente setenta mil y quedó una deuda de veinticinco mil. Ahota escuchen... No se habría podido comprar si yo no hubiera renunciado a mi herencia en favor de mi hermana, a la que quería entrañablemente. Aún más: he trabajado como un buen buey durante diez años y pagué toda la deuda...

SEREBRIAKOV: Siento haber comenzado esta conversación.

VOINITSKI: Si la propiedad está limpia de deudas y no se encuentra arruinada es solamente gracias a mis esfuerzos personales. ¡Y ahora que llegué a viejo quieren echarme de aquí a puntapiés!

SEREBRIAKOV: ¡No entiendo adónde quieres llegar!

VOINITSKI: Durante veinticinco años he manejado esta propiedad; trabajé, te envié el dinero como el más celoso administrador y ni una sola vez me has dado las gracias. Durante todo este tiempo, lo mismo ahora que en mi juventud, he estado recibiendo de ti un sueldo de quinientos rublos al año, una miseria, y nunca se te ocurrió aumentarme un rublo.

SEREBRIAKOV: ¡Iván Petróvich! ¿Y qué sabía? No soy un hombre práctico y no entiendo nada. Tú mismo hubieras podido aumentarte lo que quisieras.

VOINITSKI: ¿Por qué no he robado? ¿Por qué no me despre-

cian todos por no haber robado? ¡Eso hubiera sido justo, y yo ahora no estaría en la miseria!

MARIA VASÍLIEVNA: (*Severamente.*) ¡Jean!

TELEGUIN: (*Agitado.*) Vaña, amiguito, ¡por favor, por favor! Estoy temblando... ¿Para qué estropear la buena armonía? (*Lo besa.*) ¡Por favor!

VOINITSKI: Durante veinticinco años yo, con esta madre, metido entre estas cuatro paredes, como un topo... Todos nuestros pensamientos y nuestros sentimientos eran sólo para ti. De día hablábamos de ti, de tus trabajos, nos enorgullecíamos de ti, con devoción pronunciábamos tu nombre; perdíamos las noches leyendo las revistas y los libros que ahora desprecio profundamente.

TELEGUIN: Por favor, Vaña, por favor... No puedo más.

SEREBRIAKOV: (*Con ira.*) No comprendo, ¿qué es lo que quieres?

VOINITSKI: Eras para nosotros un ser de orden superior y tus artículos nos los sabíamos de memoria... Pero ahora se me han abierto los ojos. ¡Lo veo todo! ¡Escribes sobre el arte, pero no entiendes nada de arte! ¡Todos tus trabajos, que yo amaba, no valen ni un cobre! ¡Nos has embaucado!

SEREBRIAKOV: ¡Señores, detenedlo, de una vez! ¡Yo me voy!

ELENA ANDRÉIEVNA: Iván Petróvich, exijo que se calle. ¿Me oye?

VOINITSKI: ¡No me callaré! (*Cerrando el paso a Serebriakov.*) ¡Espera, no he terminado! ¡Tú has arruinado mi vida! ¡Yo no he vivido, no he vivido! ¡Por culpa tuya he estropeado, he exterminado los mejores años de mi vida! ¡Eres mi peor enemigo!

TELEGUIN: No puedo... no puedo... ¡Me voy! (*Sale muy agitado.*)

SEREBRIAKOV: ¿Qué quieres de mí? ¿Y qué derecho tienes a hablar conmigo en ese tono? ¡Microbio! ¡Si la propiedad es tuya, tómala, no la necesito!

ELENA ANDRÉIEVNA: ¡Ahora mismo me voy de este infierno! (*Grita.*) ¡No puedo soportarlo más!

VOINITSKI: ¡La vida está perdida! Soy talentoso, inteligente, audaz... De haber vivido normalmente habría podido salir de mí un Schopenhauer, un Dostoievski... ¡Oh, ya ni sé lo que digo! ¡Me vuelvo loco!... ¡Madre, estoy desesperado! ¡Madre!

MARIA VASÍLIEVNA: (*Severamente.*) Obedece a Alexandr.

SONIA: (*Se arrodilla delante de Marina y se acurruca junto a ella.*) ¡Chacha! ¡Chachita!

VOINITSKI: ¡Madre! ¿Qué hago? No, no hable, no hace falta. Yo mismo sé lo que tengo que hacer. (*A Serebriakov.*) ¡Te acordarás de mí!

*Sale por la puerta del centro. Maria Vasílievna lo sigue*

SEREBRIAKOV: Pero, señores, al fin y al cabo, ¿qué es esto? ¡Saque de aquí a este loco! No puedo vivir con él bajo el mismo techo. Vive ahí (*señala la puerta del centro*) ...casi al lado mío... ¡Que se mude a la aldea, a un pabellón, o me mudo yo! ¡No puedo permanecer con él en la misma casa! ¡No puedo!

ELENA ANDRÉIEVNA: (*A su marido.*) Hoy mismo nos vamos de aquí. Es imprescindible dar las órdenes inmediatamente.

SEREBRIAKOV: ¡Qué microbio!

SONIA: (*Arrodillada, volviéndose hacia su padre; nerviosamente, entre lágrimas.*) ¡Papá, un poco de misericordia! ¡Tío Vaña y yo somos tan desgraciados! (*Conteniendo la desesperación.*) ¡Un poco de misericordia! Recuerda, cuando tú eras más joven, tío Vaña y la abuela pasaban las noches traduciendo para ti los libros, copiando tus papeles... ¡Todas las noches, todas las noches!... Tío Vaña y yo trabajábamos sin descanso; teníamos miedo de gastar para nosotros un centavo y todo te lo mandábamos a ti... ¡El pan que comíamos, bien lo



habíamos ganado! No me explico bien, no me explico, pero tienes que entendernos, papá. ¡Un poco de misericordia!

ELENA ANDRÉIEVNA: (*Conmovida, a su marido.*) Alexandr, por Dios, conversa con él... Te lo suplico.

SEREBRIAKOV: Bueno, hablaré con él. No lo culpo de nada, no estoy enojado, pero convengan conmigo en que su conducta es, por lo menos, extraña. Si es el gusto de ustedes, iré a verlo. (*Sale por la puerta del centro.*)

ELENA ANDRÉIEVNA: Sé un poco más amable con él, tranquilízale... (*Sale tras él.*)

SONIA: (*Acurrucándose junto a Marina.*) ¡Chachita! ¡Chachita!

MARINA: No es nada, hijita. Cacarearán los gallos un rato y se callarán.

SONIA: ¡Chachita!

MARINA: (*Acariciando sus cabellos.*) ¡Tiemblos como si helara! ¡No, no, huerfanita! Dios es misericordioso. Un poco de té; de tilo o de frambuesita, y pasará. No te apenes, huerfanita... (*Mirando la puerta del centro, enojada.*) ¡Ahí los tienen; qué guapos los gallitos! ¡Al infierno con ellos!

*Un disparo fuera de la escena; se oye gritar a Elena Andréievna;  
Sonia se estremece*

MARINA: ¡Que te lleve el diablo!

SEREBRIAKOV: (*Entra corriendo, tambaleándose del susto.*) ¡Agárrenlo! ¡Agárrenlo! ¡Se ha vuelto loco!

*Elena Andréievna y Voinitski luchan en la puerta*

ELENA ANDRÉIEVNA: (*Tratando de quitarle el revólver.*) ¡Démelo! ¡Démelo, le digo!

VOINITSKI: ¡Déjeme, Hélène! ¡Suélteme! (*Ya libre, entra corriendo y busca con la mirada a Serebriakov.*) ¿Dónde está? ¡Ah, aquí

está! (*Dispara contra él.*) ¡Paf! (*Pausa.*) ¿No le dí? ¿Mal otra vez? (*Con ira.*) ¡Ah, diablo, diablo! ¡Al demonio! (*Arroja el revólver al suelo con fuerza y, exhausto, se deja caer sobre una silla. Serebriakov está estupefacto; Elena Andréievna se apoya contra la pared; está por desmayarse.*)

ELENA ANDRÉIEVNA: ¡Llévenme de aquí! ¡Llévenme, mátenme, pero no puedo quedarme aquí, no puedo!

VOINITSKI: (*Con desesperación.*) ¡Oh, qué estoy haciendo, qué estoy haciendo!

SONIA: (*En voz baja.*) ¡Chachita! ¡Chachita!

TELÓN

## CUARTO ACTO

*El cuarto de Iván Petróvich; es su dormitorio y al mismo tiempo la oficina de la finca. Al lado de la ventana, una gran mesa con libros de contabilidad y toda clase de papeles, un archivo, armarios, una balanza. Una mesa más pequeña para Ástrov; sobre ella, material de dibujo, pinturas; al lado una carpeta. Una jaula con un estornino. En la pared, un mapa de Africa, el que evidentemente no sirve para nada. Un enorme diván tapizado de hule. A la izquierda, una puerta que comunica con las habitaciones de estar; a la derecha, una puerta que da al zaguán y, junto a ella, un felpudo para que los paisanos no ensucien el piso. Tarde de otoño. Silencio.*

TELEGUIN y MARINA, *sentados uno frente al otro, ovillan lana para tejer calceta*

TELEGUIN: Dése prisa, Marina Timoféievna, ahora van a llamar para despedirse. Ya han dado orden de traer el coche.

MARINA: *(Tratando de devanar más rápido.)* Ya falta poco.

TELEGUIN: Se van a Járkov. Vivirán allí.

MARINA: Es mejor.

TELEGUIN: Se han llevado un susto... Elena Andréievna dice: "No quiero vivir acá ni una hora más. Vayámonos, vayámonos... Pasaremos algún tiempo en Járkov -dice-, veremos cómo nos va y entonces mandaremos a buscar nuestras cosas." Se marchan sin lastre. Quiere decir, Marina Timoféievna, que no es su destino vivir aquí. No, no es su destino... Predestinación fatal.

MARINA: Y... mejor. El otro día armaron un barullo... ¡tiro-teo! ¡Una verguenza!

TELEGUIN: Sí, un tema digno del pincel de Aivazovski.<sup>3</sup>

MARINA: ¡Ni verlos más! (*Pausa.*) Vamos a vivir otra vez como antes. Por la mañana, a eso de las ocho, el té; a cosa del mediodía, el almuerzo; a la tarde, sentarse a cenar; todo en su orden, como entre gente, como cristianos (*Supira.*) Ya hace mucho, pecadora de mí, que no como fideos.

TELEGUIN: Sí, ya hace mucho que no hacemos fideos. (*Pausa.*) Hace mucho... Esta mañana, Marina Timoféievna, pasé por la aldea y el almacenero me gritó: "¡Eh, tú, mantenido!" ¡Me dolió tanto!...

MARINA: No hagas caso, compadre. Todos somos mantenidos ante Dios. Tú, lo mismo que Sonia, que Iván Petróvich; nadie está sentado sin hacer nada, todos trabajamos. Todos... ¿Dónde está Sonia?

TELEGUIN: En el parque. No hace más que andar con el doctor por el parque. Busca a Iván Petróvich. Temen que ponga fin a su vida.

MARINA: ¿Dónde está su revólver?

TELEGUIN: (*Susurrando.*) Lo he escondido en la bodega.

MARINA: (*Con una leve sonrisa.*) ¡Qué pecado!

*Entran VOINITSKI y ÁSTROV*

VOINITSKI: Déjame solo. (*A Marina y Teleguin.*) Váyanse de acá, déjenme solo por lo menos una hora. No soporto la tutela.

TELEGUIN: En seguidita, Vaña. (*Se marcha en puntas de pie.*)

MARINA: ¡Gallito! ¡Cococó! (*Recoge la lana y se marcha*)

VOINITSKI: Déjame.

<sup>3</sup> Aivazovski, famoso pintor ruso; sólo pintaba el mar y, con preferencia, en estado tormentoso. (N. de los T.)

ÁSTROV: Con mucho gusto; ya hace rato que tengo que irme; pero, te repito, no me voy hasta que me devuelvas lo que me has tomado.

VOINITSKI: No te he tomado nada.

ÁSTROV: Hablo en serio, no me detengas. Ya hace rato que debo marcharme.

VOINITSKI: No te he tomado nada. (*Ambos se sientan.*)

ÁSTROV: ¿Sí? Muy bien, esperaré un poco, y después, con tu perdón, tendré que recurrir a la violencia. Te ataremos y te registraremos. Lo digo con toda seriedad.

VOINITSKI: Como gustes. (*Pausa.*) ¡Hacer el tonto de ese modo! ¡Tirar dos veces y no dar ninguna! ¡Nunca me lo voy a perdonar!

ÁSTROV: Ya que tenías tantas ganas de tirar, bien, hubieras tirado contra tu propia frente.

VOINITSKI: (*Encogiéndose de hombros.*) Es curioso. He intentado cometer un asesinato y no me arrestan, no me entregan a la justicia. Quiere decir que me tienen por un loco. (*Ríe con rabia.*) Yo soy loco, y no lo son esos que, bajo el disfraz de un profesor, de un mago sabio, ocultan su falta de talento, su torpeza, su tremenda falta de corazón. No son locas esas que se casan con viejos y después, a la vista de todos, los engañan. Yo vi cómo la abrazabas.

ÁSTROV: Eso es, la abrazaba, y a ti... (*Le hace "pito catalán".*)

VOINITSKI: (*Mirando la puerta.*) ¡No, la tierra es loca, puesto que todavía los soporta!

ÁSTROV: ¡Que tontería!

VOINITSKI: ¿Y qué? Ya que soy un loco, un irresponsable, tengo derecho a decir tonterías.

ÁSTROV: ¡Chiste viejo! No eres un loco, sino sencillamente un chiflado. Un cómico; antes yo también consideraba a cada

chiflado un enfermo, un anormal; pero ahora soy de opinión de que el estado normal del hombre es la chifladura. Eres completamente normal.

VOINITSKI: (*Se cubre el rostro con las manos.*) ¡Qué vergüenza! ¡Si supieras qué vergüenza siento! ¡Esta punzante sensación de vergüenza no tiene comparación con dolor alguno! (*Atormentado.*) ¡Es insuportable! (*Se inclina sobre la mesa.*) ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?

ÁSTROV: Nada.

VOINITSKI: ¡Dame algo! ¡Oh, Dios mío!... Tengo cuarenta y siete años; supongamos que voy a vivir hasta los sesenta. Entonces aún me quedan trece. ¡Es muy largo! ¿Cómo voy a vivir esos trece años? ¿Qué voy a hacer, con qué los llenaré? Oh, ¿comprendes?... (*Estrecha convulsivamente la mano de Ástrov.*) ¿Comprendes? Si se pudiera vivir el resto de la vida de algún modo nuevo... Despertarse una mañana clara y apacible, y sentir que comienzas a vivir de nuevo, que todo lo pasado está olvidado, que se disipó como el humo... (*Llora.*) Comenzar una vida nueva... ¡Dame una idea de cómo empezar... con qué empezar...

ÁSTROV: (*Con fastidio.*) ¡Cállate! ¡Qué nueva vida! Nuestra situación, la tuya y la mía, es desesperada.

VOINITSKI: ¿Eso crees?

ÁSTROV: Estoy convencido.

VOINITSKI: Dame algo. (*Señalando el corazón.*) Esto quema.

ÁSTROV: (*Gritando con enojo.*) ¡Déjate de eso! (*Más suave.*) Los que vivan dentro de cien o doscientos años después de nosotros, despreciándonos por haber vivido nuestra vida tan estúpidamente y con tan mal gusto, ellos quizás encuentren el remedio para lograr ser felices, pero nosotros... Nosotros, tú y yo, tenemos una sola esperanza. La esperanza de que, cuando descansemos en nuestros ataúdes, nos visiten visiones, tal vez hasta agradables. (*Suspira.*) Así es, hermano.

En todo el distrito había sólo dos hombres cultos y decentes: tú y yo. Pero, en diez años escasos, la vida mediocre, detestable, nos tragó; ella envenenó nuestra sangre con sus vapores podridos, y nos hicimos mediocres como todos. (*Vivamente.*) Pero no te me escapes por la tangente. Devuélveme lo que me has tomado.

VOINITSKI: No te he tomado nada.

ÁSTROV: Has sacado de mi botiquín portátil un frasquito de morfina. (*Pausa.*) Escucha, si a toda costa quieres suicidarte, entonces ve al bosque y pégate un tiro allá. Pero devuélveme la morfina; si no, empezarán a hablar, a hacer conjeturas, creerán que yo te la había dado... Ya tengo bastante con tener que hacerte la autopsia... ¿Crees que es divertido?

*Entra SONIA*

VOINITSKI: Déjame.

ÁSTROV: (*A Sonia.*) Sofia Alexándrovna, su tío ha robado de mi botiquín un frasquito con morfina y no me lo devuelve. Dígale que es... en fin, que no es razonable. Además, no tengo tiempo. Es hora de marcharme.

SONIA: Tío Vaña, ¿has sacado la morfina? (*Pausa.*)

ÁSTROV: La ha sacado, de esto estoy seguro.

SONIA: Devuélvela. ¿Por qué nos asustas? (*Con ternura.*) Devuélvela, tío Vaña. Acaso yo no sea menos desgraciada que tú; sin embargo, no me desespero. Tengo paciencia y la seguiré teniendo hasta que mi vida termine por sí sola... Ten paciencia tú también. (*Pausa.*) ¡Devuélvela! (*Le besa las manos.*) Mi querido, mi bueno, mi querido tío, ¡devuélvela! (*Llora.*) Eres bueno y tendrás compasión de nosotros y la devolverás. ¡Ten paciencia, tío! ¡Ten paciencia!

VOINITSKI: (*Saca del escritorio un frasquito y lo entrega a Ástrov.*) Tómallo. (*A Sonia.*) Pero hay que ponerse a trabajar Lo más pronto posible, hay que hacer algo cuanto antes; si no, no podré... no podré...

SONIA: Sí, sí, a trabajar. En cuanto despedamos a los nuestros nos pondremos a trabajar... (*Nerviosamente revuelve los papeles de la mesa.*) Todo lo tenemos abandonado.

ÁSTROV: (*Guarda el frasquito en el botiquín y ajusta las correas.*) Ahora se puede emprender el camino.

ELENA ANDRÉIEVNA: (*Entrando.*) ¿Estaba usted aquí, Iván Petróvich? Ya nos vamos. Vaya a ver a Alexandr; quiere decirle algo.

SONIA: Vé, tío Vaña. (*Toma a Voinitski del brazo.*) Vamos. Papá y tú deben reconciliarse. Es indispensable.

*Sonia y Voinitski salen*

ELENA ANDRÉIEVNA: Me voy. (*Tiende la mano a Ástrov.*) Adiós.

ÁSTROV: ¿Ya?

ELENA ANDRÉIEVNA: El coche está pronto.

ÁSTROV: Adiós.

ELENA ANDRÉIEVNA: Hoy me prometió usted irse de aquí.

ÁSTROV: Lo recuerdo. Ya me voy. (*Pausa.*) ¿Se ha asustado? (*Toma su mano.*) ¿Acaso es tan terrible?

ELENA ANDRÉIEVNA: Sí .

ÁSTROV: ¡Si usted se quedara! ¿Eh? Mañana... en el puesto forestal...

ELENA ANDRÉIEVNA: No... Ya está decidido y por eso lo miro a usted sin miedo: porque la partida ya está decidida. Lo único que le pido: piense mejor de mí. Quiero que me respete.

ÁSTROV: ¡Bah! (*Gesto de impaciencia.*) ¡Quédese, por favor! Confiéselo, nada tiene que hacer en este mundo; no tiene ningún fin en la vida, ni en qué ocuparse, y tarde o temprano, de un modo o de otro, se dejará arrastrar por los sentimientos; es inevitable. Y más vale que no sea en Járkov o en Kursk, sino aquí, en el seno de la naturaleza... Por lo menos es poético, hasta bello. Aquí hay un puesto forestal, ca-

sas solariegas a lo Turguénev, semiderruidas...

ELENA ANDRÉIEVNA: ¡Qué cosas tiene usted!... Estoy enojada con usted; pero, a pesar de todo... lo recordaré con placer. Usted es un hombre interesante, original. Ya no nos veremos nunca más, y por eso, ¿a qué ocultarlo? Hasta me había enamorado un poquito de usted. Bien, un apretón de manos y separémonos como amigos. No me recuerde mal.

ÁSTROV: (*Estrecha su mano.*) Sí, váyase... (*Pensativo.*) Parece que usted fuera una persona buena, de alma, pero también es como si hubiera algo extraño en todo su ser. Fíjese: usted vino aquí con su esposo, y todos los que aquí trabajaban y se movían creando algo debieron abandonar todas sus tareas y no hacer en todo el verano otra cosa que ocuparse de la gota de su marido y de usted. Ustedes nos han contagiado a todos nosotros con su ociosidad. Yo me enamoré, me pasé todo un mes sin hacer nada, y mientras tanto la gente se enfermaba; y en mis bosques, en mis viveros, los paisanos soltaban el ganado para pastar. Así, pues, dondequiera que pisan usted y su marido, llevan la devastación. Lo digo en broma, claro está, pero a pesar de todo... es extraño, y estoy convencido de que si se quedaran se produciría aquí una catástrofe. Yo perecería, pero a usted tampoco le iría muy bien. Y bien, váyase. *Finita la commedia.*

ELENA ANDRÉIEVNA: (*Toma de la mesa un lápiz y se lo guarda rápidamente.*) Este lápiz me lo llevo de recuerdo.

ÁSTROV: Qué extraño... Nos conocimos y... de pronto, no se sabe por qué, nunca volveremos a vernos. Así es todo en este mundo... Ahora que no hay nadie aquí, antes de que el tío Vaña entre con un ramo de flores, permítame... besarla... Un beso de despedida... ¿Sí? (*La besa en la mejilla.*) Bien... ya esta bien...

ELENA ANDRÉIEVNA: Le deseo todo el bien. (*Después de mirar tras de sí.*) ¡Sea lo que fuere, una vez en la vida...! (*Lo abraza impulsivamente y en seguida ambos se apartan con rapidez.*) ¡Hay que partir!

ÁSTROV: Márchese lo antes posible. Si el coche ya está listo, partan.

ELENA ANDRÉIEVNA: Parece que vienen hacia aquí. (Ambos escuchan.)

ÁSTROV: ¡Finita!

*Entran Serebriakov, Maria Vasílievna con un libro, Voinitski, Teleguin y Sonia*

SEREBRIAKOV: (A Voinitski.) Lo pasado, pasado. Después de lo que ha sucedido, en estas pocas horas he vivido tanto y he pensado tanto, que creo podría escribir, para enseñanza de las generaciones venideras, todo un tratado sobre cómo se debe vivir. Con gusto acepto tus disculpas y yo mismo te pido que me perdones. ¡Adiós! (Se besa con Voinitski tres veces.)

VOINITSKI: Recibirás puntualmente la misma cantidad que recibías antes. Todo será como antes.

*Elena Andréievna abraza a Sonia*

SEREBRIAKOV: (Besando la mano de Maria Vasílievna.) Maman...

MARIA VASÍLIEVNA: (Besando en la frente.) Alexandr, fotografíese otra vez y mándeme la foto. Usted sabe cuán caro me es.

TELEGUIN: ¡Adiós, vuestra excelencia! ¡No se olvide de nosotros!

SEREBRIAKOV: (Después de besar a su hija.) ¡Adiós!... ¡Adiós a todos! (Tiende la mano a Ástrov.) Le agradezco su agradable compañía... Respeto su modo de pensar, sus aficiones, sus impulsos; pero permítale a un viejo añadir a su saludo de despedida tan sólo una recomendación: ¡Señores, hay que trabajar! ¡Hay que trabajar! (Un saludo general.) ¡Mis mejores deseos!

*Sale; tras él Maria Vasílievna y Sonia*

VOINITSKI: (Besando fuertemente la mano de Elena Andréievna.)

Adiós... Perdóneme... No nos veremos nunca más.

ELENA ANDRÉIEVNA: (Conmovida.) Adiós, mi querido. (Le besa en la cabeza y sale.)

ÁSTROV: (A Teleguin.) "Barquillo", avísales allá que, ya que están, enganchen también mis caballos.

TELEGUIN: Cómo no, amiguito. (Sale.)

*Quedan solamente Ástrov y Voinitski*

ÁSTROV: (Recoge de la mesa sus colores y los guarda en la valija.) ¿Por qué no vas a despedirlos?

VOINITSKI: Que se vayan, yo... yo no puedo. ¡Me es duro! Hay que ocuparse pronto de algo... ¡Trabajar, trabajar! (Hurga entre los papeles que están sobre la mesa.) (Pausa.)

*Se oyen los cascabeles del coche*

ÁSTROV: Se han ido. El profesor debe de estar contento. Ahora, ni aunque le prometan el oro y el moro podrán atraerlo de nuevo aquí.

MARINA: (Entrando.) Se han ido. (Se sienta en un sillón y hace calceta.)

SONIA: (Entrando.) Se han ido. (Se seca los ojos.) Dios quiera que todo les vaya bien. (Al tío.) ¿Y, tío Vaña, vamos a hacer algo?

VOINITSKI: A trabajar, a trabajar.

SONIA: Hace ya mucho, mucho que no nos sentábamos juntos a esta mesa. (Enciende la lámpara de mesa.) Parece que no hay tinta... (Toma el tintero, se dirige al armario y lo llena.) Y a mí me da tristeza que se hayan ido.

MARIA VASÍLIEVNA: (Entra lentamente.) ¡Se han ido! (Se sienta y se enfrasca en la lectura.)

SONIA: (Se sienta a la mesa y hojea el libro de cuentas.) Ante todo,

tío Vaña, vamos a hacer las cuentas. Tenemos todo terriblemente atrasado. Hoy han mandado a buscar una cuenta por segunda vez. Escribe. Tú escribe una cuenta y yo la otra...

VOINITSKI: (*Escribe.*) "Cuenta del señor..."

*Ambos escriben en silencio*

MARINA: (*Bosteza.*) Quiero hacer nono.

ÁSTROV: Silencio. Rasgúan las plumas, canta el grillo; todo está tibio, acogedor... No dan ganas de irse de aquí. (*Se oyen cascabeles.*) Ya está el coche... Entonces, no me queda otra cosa que despedirme de ustedes, amigos míos, despedirme de mi mesa y, ¡hala! (*Guarda sus cartogramas en la carpeta.*)

MARINA: ¿Quién te corre? ¿Por qué no te quedas?

ÁSTROV: No se puede.

VOINITSKI: (*Escribe.*) "...Y de la deuda anterior quedaron dos setenta y cinco..."

*Entra un peón*

EL PEÓN: Mijaíl Lvóvich, ya está el coche.

ÁSTROV: Ya lo he oído. (*Le da el botiquín, la valija y la carpeta.*) Toma esto. No estropees la carpeta.

EL PEÓN: Así se hará. (*Sale.*)

ÁSTROV: Bueno... (*Se dirige a Sonia y Voinitski para despedirse.*)

SONIA: Entonces, ¿cuándo nos veremos?

ÁSTROV: Seguramente no antes del verano. En invierno es poco probable... Claro está, si algo sucede hágame avisar y vendré. (*Estrecha a la vez las manos de ambos.*) Gracias por el techo y la comida, por el cariño... en una palabra, por todo. (*Va hacia Marina y la besa en la cabeza.*) Adiós, vieja.

MARINA: ¿Así que vas a marcharte sin tomar el té?

ÁSTROV: No quiero, chachita.

MARINA: ¿Quizá tomarías una vodkita?

ÁSTROV: (*Indeciso.*) Quizá...

*Marina sale*

ÁSTROV: (*Después de una pausa.*) Uno de los caballos cojea un poco. Ya lo noté ayer, cuando Petruschka lo llevaba a beber.

VOINITSKI: Hay que cambiar la herradura.

ÁSTROV: Tendré que pasar por la herrería en Rozhdéstveni. No hay más remedio. (*Se acerca al mapa de África y lo observa.*) ¡Qué calor hará en esta África! ¡Da miedo!

VOINITSKI: Sí, es probable.

MARINA: (*Regresa, trayendo una bandeja con una copita de vodka y un pedazo de pan.*) Toma.

*Ástrov bebe la vodka*

MARINA: ¡Que te aproveche, hijo! (*Lo saluda con una profunda inclinación.*) ¿Por qué no comes un poco de pan?

ÁSTROV: No, está bien así... ¡Y ahora, que les vaya bien! (*A Marina.*) No me acompañes, chacha. No hace falta.

*Sale; Sonia lo sigue, acompañándolo con una vela. Marina vuelve a sentarse en su sillón*

VOINITSKI: (*Escribe.*) "2 de febrero, 20 libras de aceite... 16 de febrero, otra vez 20 libras de aceite... Cebada ..." (*Pausa.*)

*Se oyen los cascabeles*

MARINA: Se fue. (*Pausa.*)

SONIA: (*Entra y pone la vela sobre la mesa.*) Se fue...

VOINITSKI: (*Tras calcular en el ábaco, anota.*) Entotal... 15... 25...

*Sonia se sienta y escribe*

MARINA: (*Bosteza.*) ¡Dios nos perdone!

*Entra Teleguin de puntillas, se sienta junto a la puerta y afina suavemente la guitarra*

VOINTSKÉ (*A Sonia, acariciando sus cabellos.*) ¡Hijita, cómo me pesa! ¡Oh, si tú supieras cómo me pesa!

SONIA: ¿Qué se puede hacer? Hay que vivir. (*Pausa.*) Nosotros, tío Vaña, vamos a vivir. Viviremos una larga, larga cadena de días, de largas tardes. Vamos a soportar pacientemente todas las pruebas que nos envíe el destino; trabajaremos para los demás, ahora y en la vejez, sin conocer el descanso. Y cuando llegue nuestra hora moriremos mansamente. Y allá, en el otro mundo, diremos que hemos sufrido, que hemos llorado, que la vida nos fue amarga, y Dios se apiadará de nosotros. Y nosotros, tú y yo, querido tío, veremos una vida luminosa, bella, fina, nos alegraremos y, mirando hacia atrás, pensaremos con ternura, con sonrisas, en nuestras desgracias, y descansaremos. Lo creo, tío, lo creo ferviente, apasionadamente. (*Se arrodilla delante del tío Vaña y apoya la cabeza sobre las manos de él. Con voz cansada.*) Descansaremos.

*Teleguin toca suavemente la guitarra*

SONIA: ¡Descansaremos! Oiremos a los ángeles, veremos todo el cielo lleno de diamantes, seremos testigos de cómo todo el mal de la tierra, todos nuestros sufrimientos, se disipan en la misericordia que llenará el mundo entero, y nuestra vida se hará quieta, tierna, dulce como una caricia. Yo creo, creo en ello... (*Le seca las lágrimas con un pañuelo.*) ¡Pobre, pobre tío Vaña, lloras!... (*Entre lágrimas.*) No has conocido alegrías en tu vida, pero espera, tío Vaña, espera... Descansaremos... (*Lo abraza.*) ¡Descansaremos!

*El sereno golpea con su tabla. Teleguin toca suavemente.*

*Maria Vasílievna anota algo en el margen de un folleto.  
Marina teje calceta*

SONIA: ¡Descansaremos!

EL TELÓN BAJA LENTAMENTE